SERVICIO SECRETO

EL MIEDO EMBOTELLADO

keith luger



Raymond Duc, agente del Deuxiéme Bureau, terminó de hacerse la corbata de pajarita frente al espejo.

Estaba satisfecho de su bronceado. Lo había conseguido tras cinco días, de playa. Había sido bueno aquello de no hacer nada. Bueno, sólo había hecho algo, pero lo de la pelirroja y lo de la rubia no se podía considerar como un trabajo.

Estaba allí en Nassau, islas Bahamas, siguiendo las instrucciones de su jefe. Éste le había dicho. «Vaya a Nassau y hospédese en el hotel Continental. Una mujer establecerá contacto con usted. La contraseña será: El diablo está en la jaula. Esa mujer le dará información».

Raymond había pedido al «viejo» más informes acerca de su misión, pero éste le contestó que ya tenía bastante, y que el resto lo sabría cuando llegara a su destino.



Keith Luger

El miedo embotellado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 789

ePub r1.0
LDS 17.03.19

Título original: *El miedo embotellado*
Keith Luger, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

EL MIEDO EMBOTELLADO

Colección SERVICIO SECRETO Nº. 789
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO

Raymond Duc, agente del Deuxiéme Bureau, terminó de hacerse la corbata de pajarita frente al espejo.

Estaba satisfecho de su bronceado. Lo había conseguido tras cinco días, de playa. Había sido bueno aquello de no hacer nada. Bueno, sólo había hecho algo, pero lo de la pelirroja y lo de la rubia no se podía considerar como un trabajo.

Estaba allí en Nassau, islas Bahamas, siguiendo las instrucciones de su jefe. Éste le había dicho. «Vaya a Nassau y hospédese en el hotel Continental. Una mujer establecerá contacto con usted. La contraseña será: El diablo está en la jaula. Esa mujer le dará información».

Raymond había pedido al «viejo» más informes acerca de su misión, pero éste le contestó que ya tenía bastante, y que el resto lo sabría cuando llegara a su destino.

Cinco días de vacaciones eran muy buenos cuando uno estaba desempeñando una misión de la que no se sabía nada. Y para un agente del contraespionaje resultaba mejor porque, en cualquier momento, podía ir a llenar una fosa.

No, no debía quejarse. En lo que a él se refería, las vacaciones podían prolongarse unas semanas más.

Tomó de la cama la pistolera y se la adosó al hombro. Pasó la correa por la hebilla y se colocó otra vez delante del espejo. Entonces hizo movimiento rápido para comprobar que la pistola estaba a la debida altura. Sabía que eso era importante. Sacar la pistola una fracción de segundo antes o después, podía significar despedirse de la pelirroja y de la rubia. Claro, y también de las morenas.

Se iba a poner la chaqueta blanca cuando sonó la campanilla del

teléfono.

Debería ser Sandra, la pelirroja con la que se había citado para cenar. Había quedado en llamarlo para que fuese a recogerla a su *bungalow*.

—¿Sí…?

—Informe, Duc —ladró una voz por el otro extremo del cable.

No era Sandra, ni tampoco una rubia. Era el mismísimo «viejo», su jefe.

—Aquí hace un tiempo maravilloso —contestó Duc—. El sol sale a las seis y se pone hacia las ocho y media. Llueve suavemente un par de veces al día.

—¡Basta, Duc! ¿Está ebrio?

—Todavía no, señor…

—Le hice esta llamada para conocer su misión y no para que me diese el parte meteorológico de Nassau.

—De la misión nada, jefe.

—¿Cómo?

—Ninguna mujer se acercó a mí para decirme que el diablo estaba en la jaula…

—Eso es absurdo.

—Fue lo que usted dijo.

—No me refería a la contraseña, sino al hecho de que esa mujer no haya aparecido.

—Quizá enfermó.

—Sí. Y quizá también le pegaron un tiro.

—Jefe, ¿por qué no me informa más?

—Sé muy poco, tanto como usted…

—No me diga que recibió una carta anónima, y que creyó lo que en ella se decía.

—Raymond, usted es bueno con la pistola y con los puños, pero no utiliza mucho la inteligencia. Si yo pensase como usted, no estaría al frente de una Sección de tanta responsabilidad. El informe me fue enviado por nuestro agente en Fort de France.

—Entonces, ¿qué hago yo en Nassau? ¿Por qué no fui a Fort de France?

—Por una razón muy simple. La carta me fue enviada por nuestro agente de Fort de France poco antes de que muriese aplastado por un coche que se dio a la fuga.

—¿Y qué decía la carta?

—Lo que usted sabe. Que usted debía de estar en Nassau el día 27, que se alojase en ese hotel, y que había de esperar a la mujer que le diría la contraseña… ¿Qué me dice de las mujeres con las que se relacionó?

—Todas estupendas, jefe.

—No lo decía en ese sentido.

—Le comprendo. No, señor. Ninguna me nombró al diablo, aunque yo diría que alguna lo llevaba en el cuerpo.

—No le he pedido su opinión acerca de las mujeres fáciles que encontró en su camino, señor Duc.

—No, señor.

—Abra bien los ojos.

—Sí, señor.

—¡Y los oídos! —gritó el «viejo».

Raymond se metió un dedo en la oreja y lo sacudió.

—¿Qué fue lo que dijo, señor?

—¡Que esté atento, maldita sea! No fue ahí a pasar unas vacaciones, sino a trabajar.

—Desde luego, señor, y se me estaba ocurriendo una idea.

—¿Cuál?

—La de ir a Fort de France.

—¡Usted se quedará ahí!

—Quizá nuestro agente dejó allí algo para nosotros.

—Claro que dejó. Una carta. ¡Y ya la recibimos! Por tanto, hemos de seguir sus instrucciones. ¡No me obligue a repetírselas!

—No, señor.

—En cuanto sepa algo, comuníquelo.

—No se preocupe, señor. Lo tendré al corriente.

El «viejo» colgó y Raymond lo hizo lanzando un silbido. Cuando el jefe estaba de mal humor, era inaguantable.

Se puso la chaqueta blanca y tras cerciorarse de que le quedaba bien, tomó el resto de sus pertenencias de la mesilla de noche, la cartera, algún dinero suelto, el llavero… En aquel momento llamaron a la puerta.

Raymond acudió a abrir.

En el corredor vio a un hombre que se cubría con un traje blanco muy usado. Se estaba enjugando el sudor del cuello con un

pañuelo. Su cara era enjuta, de ojos ratoniles.

Miró a un lado y otro del corredor, y fue a pasar dentro, pero Raymond lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—¿Quién es usted?

—Déjeme entrar, y se lo diré.

—Dígalo desde ahí.

—Es peligroso… Creo que me han seguido.

Raymond asomó la cabeza por el corredor, pero estaba desierto. Todavía continuaba sujetando al tipo por el pecho.

—Está bien. Entre.

Raymond aplicaba un principio elemental que un agente de contraespionaje debía tener en cuenta para seguir viviendo. No fiarse de nadie.

—Está bien, hable.

El hombre estaba observando la habitación.

—¿Está solo, señor Duc?

—Sí.

—Va a venir conmigo.

—Lo siento, pero prefiero a la chica con la que me cité.

El desconocido soltó una risita.

—Es gracioso, pero debe cancelar su cita…

—Todavía no me ha dicho su nombre.

—Marcel Bresard.

—Dígame por qué he de ir con usted, Bresard.

—He de llevarlo a presencia de alguien.

—¿Quién es?

—Ella.

—¿Y quién es ella?

—La mujer con la que usted ha de establecer contacto.

Raymond sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios mientras observaba a su visitante.

Encendió con la llama de su encendedor de gas.

—Dice muy poco para que yo cancele mi cena con la muchacha, señor Bresard.

—Es muy importante que me acompañe, señor Duc.

—Dígame algo más, y sabré a qué atenerme.

—No puedo.

—Entonces, será mejor que se vaya por el camino que llegó.

—¿Es que no va a venir conmigo?

—Ya puede estar seguro de que se irá solo.

—No puede hacer eso, señor Duc. Ella lo está esperando…

—Sí, eso ya lo dijo, pero debería agregar algo más interesante.

—Está bien, hablaré con ella.

—Me encontrará en el Riviera.

—¡Oh, no! Tiene que quedarse aquí. Sólo invertiré quince minutos.

—Ahí tiene un teléfono —dijo Raymond.

—Gracias, pero llamaré desde otra parte.

—Estaré aquí quince minutos. Si en ese plazo no vuelve, me largaré…

Bresard sacudió la cabeza en sentido afirmativo. Abrió la puerta y asomó la cabeza, mirando a un lado y otro del corredor.

—En seguida vuelvo, señor Duc.

Salió de la habitación, cerrando a sus espaldas.

Raymond le dio unos segundos de ventaja, pero en seguida salió tras de él.

Oyó sus pasos en la escalera, y él también bajó por allí.

Bresard se metió en la cabina telefónica del *hall*.

Lo vio a través de los cristales cómo marcaba un número.

Ocurrió de pronto.

Sonó una ráfaga de metralleta. Los cristales de la cabina telefónica saltaron y Raymond vio cómo la cara de Bresard se bañaba en sangre.

Raymond era ligero con las armas. Tenía que serlo. El tipo que tiraba con la metralleta estaba en la puerta de la calle.

Sacó la pistola.

El hombre de la metralleta lo vio, quizá porque esperaba que Bresard no se encontrase allí solo.

Raymond vio que la segunda ráfaga era para él. Saltó hacia un lado, y apretó el gatillo dos veces.

El asesino, un tipo alto, de pómulos salientes, recibió los dos plomos en el pecho y se fue contra la puerta. Estaba enviando también su ráfaga, pero las balas ya no tenían ningún destino y repiquetearon por los primeros peldaños de la escalera, donde segundos antes se encontraba Duc.

Una mujer que estaba sentada en un sillón se levantó de un

salto, dio un chillido y se desmayó. Por fortuna para ella, lo hizo volviendo a ocupar el sillón.

Raymond echó a correr hacia la cabina telefónica.

No necesitó abrir, porque la puerta se había abierto por efectos de la ráfaga.

El teléfono estaba colgando, balanceándose porque ya no había ninguna mano que lo sujetase.

Bresard estaba en el suelo, la cara roja de sangre, los ojos fijos en el techo de la cabina.

—Lo siento, amigo —dijo Raymond, aunque sabía que Bresard no podía oírlo—. Si yo hubiese ido contigo ahora seríamos dos los cadáveres.

No tenía dudas de que el tipo de la metralleta los hubiese asado a los dos, a Bresard y a él, si hubiesen bajado juntos por la escalera. No, un agente de contraespionaje no podía fiarse de nada ni de nadie.

Habían entrado dos policías, uno negro y otro blanco.

Raymond ya había guardado la pistola, pero el empleado del registro y un botones estaban explicando a los policías lo que había pasado.

Raymond encendió otro cigarrillo cuando el policía blanco se le acercó.

—¿Quiere explicarme lo ocurrido, señor Duc? Soy el oficial Stephen Moore.

—Me temo que sé tanto como usted… Vi que mataban al hombre de la cabina y disparé contra el agresor.

—Eso no es suficiente, señor Duc.

—En tal caso, hablaré con su superior.

—Muy bien. Vendrá conmigo.

Quince minutos más tarde Raymond Duc era presentado por el oficial Moore al mayor Hersey Finley, comisario adjunto al jefe de policía de Nassau.

Finley era un cincuentón, de cabello y bigote gris.

—Con que se llama Duc, ¿eh?

—Sí, mayor.

—He oído hablar de Raymond Duc, agente del Deuxiéme Bureau.

—Soy yo, señor Finley.

El mayor Finley entornó los ojos.

—Al parecer, allá por donde va, surgen complicaciones.

—¿Qué dice, mayor? Esto fue un simple accidente.

El mayor Finley tabaleó con los dedos en la mesa.

—Sé lo que me va a decir. Que vino a Nassau a disfrutar unas vacaciones.

—Sí, mayor.

—Ande, dígame, que soy muy sagaz como policía.

—No me gusta halagar a nadie, mayor. Pero si me permite hacer una excepción, le diré que, efectivamente, usted es bueno…

Las mejillas del mayor Finley enrojecieron.

—Ya sé lo que le trajo aquí… ¡Oh! No me conteste porque me colocará otra fábula. Pero quiero que sepa una cosa, señor Duc.

—Le escucho, jefe.

—No voy a consentir que me llene Nassau de cadáveres.

—Nada más lejos de mis intenciones…

—Nassau es una ciudad en donde se dan cita los potentados del mundo.

—Sí, tienen ustedes una ciudad maravillosa.

—A los millonarios no les gusta pasar malos ratos… Si Nassau se convirtiese en un lugar demasiado peligroso para vivir, se produciría una desbandada. ¿Y qué sería de la ciudad?

—Lo comprendo.

—Si es tan comprensivo, dígame a lo que vino —contestó Finley con falta de lógica.

—Se lo diré, mayor —Raymond hizo una pausa—. A disfrutar unas vacaciones.

Hubo un silencio en el despacho.

—¿Quiere entregarme su pasaporte? —Gruñó Finley—. Sólo por echarle una ojeada.

—Desde luego, mayor.

Hersey Finley comprobó que la documentación de Duc estaba en orden y se la devolvió con una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo estará entre nosotros, señor Duc?

—Creo que sólo irnos días.

—Nos va a doler mucho que nos abandone, señor Duc…

—Y yo también voy a sentir alejarme de esta ciudad tan brillante, tan espléndida…

—Diviértase, señor Duc. Y por favor, no se vuelva a mezclar en otro incidente. —Pondré todo mi interés en limitarme a tomar su magnífico sol, y a gozar de dulce compañía.

Raymond hizo un saludo con el pasaporte y salió del despacho.

Apenas la puerta se hubo cerrado tras el agente del Deuxiéme Bureau, el oficial Moore dijo:

—Ese hombre es peligroso, mayor.

—¡Qué maravillosa conclusión la suya, oficial! Yo diría que Raymond Duc es más que peligroso… Recuerdo una reunión de jefes de policías en Londres, el año pasado. Un alto personaje del Intelligence Service sacó a relucir alguna de las cosas que Raymond Duc ha hecho en las distintas partes del mundo. ¿Sabe cómo lo calificó?

—No, señor. Recuerde, yo no estaba allí.

—El hombre del Intelligence Service describió a Raymond Duc como un cohete con cabeza atómica.

—¡Demonios…!

—Haga seguir a ese hombre. No lo deje ni a sol ni a sombra. Quiero saber adónde va, con quién se reúne… ¡Dese prisa!

CAPÍTULO II

Raymond Duc tocó el timbre. Oyó unos pasos precipitados, y cuando la puerta se abrió, vio en el hueco a la pelirroja Sandra, que más parecía una pantera dispuesta a caer sobre una presa.

—¿Dónde te metiste, Raymond?

—Estás maravillosa —dijo Raymond, recorriéndola con la mirada.

Sandra se cubría con un vestido de noche muy escotado.

—¡Miserable! ¡Te retuvo otra mujer!

—No seas tonta. ¿Crees que teniéndote a ti puedo pensar en otra? —Raymond la tomó por la cintura y la besó en la boca.

El beso duró largo rato.

Cuando al fin Raymond se separó, la joven llevó aire a sus pulmones.

—Eres un embaucador. Durante la última media hora juré que te sacaría los ojos, que no conseguirías que te perdonase…

—Cariño, me retuvo un negocio…

—Júralo.

—Ya está jurado —contestó Raymond levantando la mano derecha.

Sandra Harrison era hija de un Harrison de Boston, propietario de unos astilleros y una flota. La chica hacía su vida con mucha independencia. Se había casado dos veces, la primera con un jugador de tenis, y la segunda con un jugador de polo.

Sandra rodeó con sus brazos el cuello varonil.

—Raymond, una voz interior me dice que no debo creerte, que debo apartarme de ti cuanto antes.

Raymond se rascó detrás de una oreja. Recordó al hombre de la metralleta y pensó que quizá la voz interior de Sandra no la

engañaba.

—Llévame a cenar, Ray. Estoy hambrienta.

Viajaron en el coche de ella, un convertible. Sandra conducía.

Raymond sabía desde hacía un rato que lo seguían. Había visto bien al tipo. Un hombre gordo, que sudaba mucho. No abandonaba el pañuelo, que manejaba con la mano derecha.

Raymond sonrió pensando en el mayor Finley, y en sus buenos deseos.

Fueron al restaurante Riviera, que contaba con una magnífica terraza.

Un camarero los condujo a una mesa junto a la baranda que enfrentaba al mar. Hacía una noche calurosa.

Encargaron el menú, y Sandra dijo:

—Raymond, sácame a bailar.

Mientras se deslizaban por la pista, Raymond descubrió en la puerta al hombre gordo.

Ahora se había quitado el sombrero y se pasaba el pañuelo por la calva.

Cuando la orquesta terminó el ritmo, volvieron a la mesa.

El mozo trajo el primer plato.

Comieron y bebieron.

De pronto, Sandra se quedó mirando a Raymond.

—¿Qué tal serías tú como marido?

—Desastroso.

—¿No te gustaría probar?

—No, gracias.

—Miserable. Yo sería la novia.

—Te prefiero como amiga…

—Nuestro matrimonio podría ser perfecto…

—No podría serlo de ningún modo. Ya sabes, yo viajo mucho.

—Yo también podría viajar. Contigo naturalmente. Además, te ayudaría a vender tus coches.

Raymond le había dicho a Sandra que era viajante por cuenta de una fábrica de automóviles.

Sandra puso su mano sobre la de Raymond.

—Tengo amigos que te comprarían los autos más caros… Y cuando te aburrieses de los autos, venderías los barcos de mi padre.

—Imagino que vender un barco debe ser un poco difícil…

«Atención, caballeros. Se vende bonito barco, recién botado al agua. Sólo tiene cuarenta y cinco mil toneladas y su precio es de doce millones de dólares. Se acepta el pago a plazos. Un millón de dólares al mes».

—Eres un payaso. Hay mucha gente que puede comprar un barco. —Paso, querida.

—Además, no te haría falta vender nada. Soy millonaria, Ray.

—Sí, ya lo sé… Pero escucha, querida. Prometí a mi abuelita que no me casaría ni con una millonaria.

—Me gustaría conocer a tu abuelita para retorcerle el pescuezo.

—Quizá te la presente algún día, si me prometes aprender lucha libre.

En aquel momento un botones boceó:

—Llaman al señor Duc… Cabina número tres…

—Perdona, cariño —dijo Duc, levantándose.

—Sea quien sea, no te voy a dejar que te marches.

—No tengo idea de quién pueda ser… Quizá alguien que se le ocurrió comprar un coche… Yo no soy millonario, ricura. He de ganarme la vida.

Raymond pasó junto al hombre gordo.

—¿Qué tal ésta el mayor Finley?

—Muy bien. Gracias.

—Lo celebro. Salúdelo de mi parte.

El policía perdió la sonrisa, pero ya Raymond se alejaba.

Entró en la cabina número tres.

—¿Sí? —dijo por el hilo.

—¿Hablo con Raymond Duc?

—El mismo en carne y *smoking*… ¿Quién está ahí?

—Alguien que quiere hacerle un favor.

—Estupendo, amigo. Puedo ofrecerle un último modelo, un descapotable que alcanza los ciento noventa en menos que enciende un cigarrillo. Pero no se le ocurra encenderlo cuando apriete el acelerador.

—No me gustó el chiste, señor Duc.

—Tengo otro… El del matrimonio que quería tener un niño.

—Un poco de formalidad, señor Duc.

—Oh, perdone. Debe ser un tipo muy estirado, pero como no le veo, no lo puedo saber.

—Señor Duc, soy la persona que trata de que usted pase unas felices vacaciones.

—Siempre hay gente molesta, amigo. No se la puede quitar uno de encima.

—Nosotros estamos haciendo todo lo posible para que usted tenga un buen recuerdo de Nassau.

—Muy amable, señor… ¿Cómo debo llamarle?

—Smith.

—De acuerdo, señor Smith. Continúe. Siempre recibo con agrado los buenos consejos. —Como usted habrá podido comprobar, hicimos un buen regalo al hombre que trató de romper sus buenas costumbres—. ¿Se refiere al señor Bresard?

—Exactamente.

—Pobre señor Bresard. Le estropearon mucho la cara.

—Y usted estropeó a nuestro muchacho.

—Le pido nuevamente perdón, pero su muchacho tenía costumbres muy feas. Manejaba la metralleta endemoniadamente bien. Después de mandarle una ráfaga al señor, intentó hacerlo conmigo.

—Entonces, hizo bien en matarlo.

—Eso es. Por tonto.

—Señor Duc, yo estoy hablando en serio.

—Y yo también.

—Continúe gozando de la compañía de esa pelirroja con la que está cenando.

—Gracias, señor Smith. Siempre procuro pasarlo lo mejor posible.

—No haga caso de mensajes… Ni tampoco lo haga de personas desequilibradas.

—¿Se escapó algún loco de su celda?

—Una loca, señor Duc. Y le aseguro que dice cosas fantásticas. Completamente absurdas.

—Me gustará hablar con ella para conocer sus fantasías.

—Es lo que trato de evitar, señor Duc…

—¡Oh, sí! Eso ya lo dijo, y se valió del muchacho de la metralleta para convencerme.

—Las islas Bahamas gozan de una gran celebridad, señor Duc. Es un paraíso en este mundo tan castigado por las calamidades.

—No se me ponga dramático, señor Smith. Ya tengo lágrimas en los ojos.

—Sea usted sensato, señor Duc. Puede quedarse unos días más en Nassau y disfrutar de nuestro clima, de nuestras mujeres. Luego, usted regresa a París y le dice a su jefe que aquí no pasó nada.

—Estupendo, señor Smith.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—¿Qué tal si nos vemos, señor Smith? Le puedo conseguir una rubia.

—No, gracias. Estoy muy ocupado.

—¡Qué lástima! Usted y yo podríamos haber corrido una juerga en grande… Si cambia de opinión, vuelva a llamarme porque imagino que sabrá donde estoy. Le bastará con examinar su bola de cristal —Raymond colgó y salió de la cabina.

El gordo lo estaba esperando muy cerca.

—¡Eh, señor Duc! ¿Me quiere decir quién le llamó? Así informaré a mi jefe.

Raymond le tiró un pescozón al hígado.

—Es usted un pillastre, amigo…

—Henry Cott.

—Está bien, se lo diré. Me llamó una rubia.

—¡Pero si está con la pelirroja…!

—Así son las mujeres. Si no tienes ninguna, no te llama nadie. Si tienes una, te llaman todas.

—Es cierto, señor Duc… Muy cierto.

—Le dije que me ocuparía de ella después de las doce… Hotel Pompadour. Se lo digo por si me pierde la pista.

—Gracias, señor Duc. Hotel Pompadour. Lo tendré en cuenta.

Raymond le dio una palmada a la espalda y se dirigió hacia la mesa donde Sandra lo esperaba.

—¿Quién era? —preguntó Sandra.

—Un cliente. Quiere que lo visite cuanto antes. Quizá me compre un último modelo.

De una cosa estaba seguro Raymond ahora; que tratarían de establecer contacto con él. Por ello, el señor Smith lo había amenazado.

—Cariño, quiero bailar —dijo Sandra.

Salieron a la pista, y Raymond estrechó contra sí a la pelirroja.

—Raymond, ¿nos vamos a mi *bungalow*?

—Todavía no, preciosa. Me gusta esta música.

Raymond miró hacia la puerta. El hombre gordo ya no estaba allí. Lo vio sentado a una mesa despachando un plato de carne.

La orquesta acabó de interpretar su número y un locutor anunció el comienzo del espectáculo.

Sandra y Raymond volvieron a su mesa.

En la terraza se hizo casi una oscuridad completa.

De pronto, Raymond descubrió la punta de un papel bajo su plato. No era muy grande. Se lo puso en la palma de la mano, y a la luz del fósforo con que encendió un cigarrillo, pudo leer el mensaje que decía así:

> «Cuando actúe la bailarina española salga al jardín.
> Lo espero en la quinta palmera del paseo».

Eso era todo, porque no había firma.

Raymond hizo una bola con el papel y lo guardó en el bolsillo.

En primer lugar actuó un quinteto italiano, unos virtuosos de la comicidad musical.

Luego, siguieron un par de bailarines acrobáticos, y un cómico que contó algunos chistes con gracia. En seguida, el locutor anunció a la bailarina española cuyo nombre era Carmen Montes.

—Disculpa, Sandra.

—¿Adónde vas ahora, Ray? No te llamaron.

—Cariño, para esto no es necesario que me llamen.

—No te demores.

Raymond salió de la terraza. El gordo estaba muy entretenido, aplaudiendo a la bailarina que tenía un cuerpo muy exuberante.

Poco después ganaba el jardín.

Se cercioró de que nadie lo seguía antes de llegar al paseo de las palmeras.

Aquella parte estaba todavía más oscura.

Llegó a la quinta palmera, pero no vio a nadie.

De pronto, le llegó un susurro desde las plantas lujuriantes que crecían por aquel lugar.

Raymond ya tenía la pistola en la mano. No quería ser

sorprendido.

Oyó irnos pasos y vio brillar unos ojos en la oscuridad, al lado de un plantel de orquídeas.

—Buenas noches, señor Duc —dijo una voz de mujer.

La mujer le pareció bonita, aun cuando ese juicio no sería definitivo hasta contemplarla en mejores condiciones.

—Hola —dijo Raymond.

—Gracias por haber venido.

—¿Qué más? —preguntó Raymond.

—Oh, sí, disculpe. El diablo está en la jaula.

—Ha tardado mucho tiempo en aparecer.

—Hubo muchas dificultades. Y ahora estoy corriendo un grave riesgo.

—¿Me envió usted a Bresard?

—Sí.

—¿Por qué no me dio él la contraseña?

—El acuerdo era que sería una mujer quien tenía que dársela. Y supuse que usted no confiaría en él. Los hechos han demostrado que no me equivoqué.

—¿Y por qué se ha atrevido ahora?

—Porque el tiempo está contra nosotros. No podía demorarlo más… Tenía que hablar con usted. Es muy importante…

—Silencio —dijo Raymond.

—¿Qué pasa?

Raymond se movió ligeramente hacia la derecha.

—No hay nadie —dijo la joven—. También me ha ocurrido durante estos últimos días.

En todas partes creo ver enemigos.

Raymond volvió a su lado y le cubrió la boca con la mano.

De súbito, brotó un negro por entre los arbustos. Tenía un cuchillo en la mano derecha.

Raymond saltó levantando la mano armada.

La pistola chocó contra el mentón del negro.

El cuchillo descendió relampagueante y se hundió en un platanero.

Raymond golpeó al negro con el puño izquierdo en el hígado.

El negro retrocedió, todavía manejando el cuchillo.

Raymond habría podido meterle un par de balas en el estómago,

pero aprovechando que el negro había quedado en desequilibrio, atrapó el brazo y lo hizo bajar bruscamente.

La hoja de acero se hundió en el estómago del negro, el cual cayó en el suelo. Se relajó y quedó inmóvil.

Raymond quedó expectante, a la espera de otro enemigo. Al cabo de un minuto regresó junto a la muchacha.

—Ahora debe hablar, pero hágalo antes de que aparezca otro de esos fulanos.

Pero la joven había quedado paralizada.

Raymond le palmeó en la mejilla y notó que estaba fría como el hielo.

—Vamos. Tranquilícese.

—Eso me estoy diciendo desde hace muchos días, pero la verdad es que soy una muchacha poco animosa.

—Yo diría que no lo es… Mataron a Bresard y se ha arriesgado a venir aquí. Ande, empiece diciéndome su nombre.

—Isabelle Cavallier.

—Isabelle —repitió Duc—. Es bonito. Oí recientemente una canción francesa dedicada a Isabelle. Creo que la cantaba Arznabour.

—¿Cómo puede hablar de eso ahora?

—Ayuda a relajarse. ¿Está usted mejor?

—Sí, un poco.

—¿Lo ve? Si supiese la canción, se la cantaría.

—Es usted muy bromista, señor Duc… Pero me temo que en esta ocasión tendrá que olvidar su buen humor.

—¿Y por qué he de hacer tal cosa?

—Usted está acostumbrado a luchar contra hombres.

—Contra mujeres también.

—En resumen, siempre ha luchado contra seres humanos.

—Bueno. También lo he hecho contra extraños seres. Robots mucho más temibles que las personas.

—Esta vez se enfrentará con monstruos.

—En mi niñez leí muchos libros de caballería. ¿De qué se trata? ¿De dragones de siete cabezas?

—De hormigas, señor Duc…

—¿Quién es el que tiene que dejar de hacer chistes? ¿Usted, o yo?

—No me ha dejado terminar, señor Duc. No se trata de hormigas comunes. ¿Vio alguna vez una hormiga con un peso aproximado de dos mil kilos?

CAPÍTULO III

Raymond arrugó el ceño.

—¿Se encuentra bien, señorita Cavallier?

—Sabía que no me creería…

—He visto hormigas gigantes. Las mayores las encontré en cierto lugar de Indonesia, concretamente en la isla de Borneo. Pero le aseguro que cada una de ellas no pesaría más de unos gramos, y usted acaba de decir que una de esas hormigas pesa dos mil kilos.

—Así es.

—¿Y dónde está esa hormiga?

—No lo sé. Puede salir de cualquier parte.

—No me diga que ha perdido un bichito de ese tamaño.

—Cree que estoy loca.

—¡Oh, no! De ninguna forma…

—Confiéselo, señor Duc… Soy una neurótica, una mujer con la mente desequilibrada…

—He tenido amigos que vieron animales de gran tamaño.

—Sé a lo que se refiere, señor Duc. Está hablando de ebrios que sufrieron ataques de *delirium tremens*.

—Pero usted no se encuentra en esas circunstancias.

—No. Pero usted lo insinúa.

—Isabelle, ¿por qué no dejamos de reñir? Estoy pensando que si ya murieron tres hombres que se relacionaron con usted, es porque, después de todo, existe esa hormiga gigante.

—Señor Duc, he hablado de una hormiga porque es el animal que se aprovechó del experimento de mi padre.

—Espere. ¿Quién es su padre?

—¿De veras no conoce al doctor Alain Cavallier?

—No.

—¿Ni siquiera ha oído hablar de él?

—Perdóneme. En mis ratos libres no me da por la ciencia.

—Está bien, señor Duc. Mi padre es el más gran biólogo que existe. Hasta hace tres años fue profesor en la Sorbona, pero dejó la función docente para dedicarse a sus experimentos…

—¿Qué clase de experimentos, señorita Cavallier?

—Quería conseguir la primera sustancia de la vida, aislarla. Otros muchos, como él, han investigado durante muchos años… Pero mi padre, durante su trabajo, descubrió algo espantoso.

—¿Qué cosa, Isabelle?

—Una sustancia que en el plazo de unos días, convierte a los insectos en seres monstruosos, tan grandes como animales antediluvianos.

—¿Dónde ocurrió eso?

—Aquí, en Nassau.

—¿Cuándo?

—Hace poco más de un mes.

—¿Y cómo llegó su padre a tal descubrimiento?

—Casualmente.

—Explíquese, Isabelle.

—Habíamos sido invitados por unos amigos que viven en Miami. Dimos vacaciones a nuestro único criado porque pensamos pasar diez días en Miami. Mi padre cerró el laboratorio dejando las cosas en orden… Nuestra estancia en Miami fue magnífica… Llegó la hora de regresar y así lo hicimos. Yo entré en la casa, y apenas lo hicimos, mi padre se dirigió al laboratorio… Le oí gritar. Cuando acudí a su lado, él estaba saliendo del laboratorio. Estaba aterrorizado. Le pregunté qué le pasaba… Me señaló con el dedo extendido la habitación de la que acababa de salir. Al fondo vi algo. Era monstruoso, una cosa roja oscura. Me di cuenta de que era como el caparazón de un bicho… Le pregunté qué era. «Una hormiga», dijo. Yo también, como usted, creí que mi padre había perdido el juicio… Pero, de pronto, la puerta se vino abajo y por el hueco vi aparecer unas pinzas enormes, monstruosas…

Isabelle Cavallier se echó en brazos de Raymond, quien la apretó contra sí.

La joven le recordó otra vez un pedazo de hielo.

Isabelle se echó a sollozar.

—Cálmese, Isabelle.

—Fue horrendo. Me quedé paralizada. Papá me sacó de allí dándome un tirón… Aquellas pinzas se acercaban a nosotros como un cepo, listo para cerrarse… Aquel animal monstruoso se puso a temblar igual que yo lo hago ahora… Abrió la boca. No quise verlo… Me puse a gritar y a gritar… «Se está muriendo… Se muere —dijo papá—. Le falta algo para vivir…». Apenas pronunció aquellas palabras cuando las pinzas se desplomaron. Dentro del laboratorio se oyó un golpe sordo, y docenas de matraces, de cubetas y otros utensilios cayeron por el suelo.

La joven hizo una pausa. Alzó los ojos mirando a Raymond.

—¿Me cree ahora?

—Sí.

—Sólo lo dice para conformarme, ¿verdad? Su mente no alcanza a comprender que puedan existir hormigas de ese tamaño. Sin embargo, es la verdad. Mi padre descubrió una combinación del ácido nucleico… Había dejado una muestra en el laboratorio. Lo demás lo puede imaginar… Una hormiga puede meterse en cualquier parte… Y esa variante del ácido nucleico debió ser olfateado por ella… La hormiga se alimentó de esa primera sustancia y fue adquiriendo su gigantismo… Pero, una vez agotada la primera materia, ya no podía encontrar más para seguir viviendo. Por fortuna para nosotros, fue a morir cuando regresamos de nuestro viaje… Pero antes, tratando de escapar, había destrozado muchas cosas… Cuando llegó a adquirir su mayor potencia, ya no le quedaban fuerzas y permaneció encerrada en el laboratorio…

—¿Qué pasó después de su muerte?

—Mi padre llamó a consulta a un antiguo compañero suyo, a un biólogo que residía en Fort de France, el doctor Max Hauser… Cometió el mayor error de su vida… Yo le había dicho que lo mejor era volver a París y que presentase sus apuntes a nuestro Gobierno…

Pero papá quería hacer algunas comprobaciones y para ello necesitaba la ayuda del doctor Hauser… Mi padre sostuvo una conferencia telefónica con él y al día siguiente llegó en avión… Los dos entraron en el laboratorio. Al cabo de unas horas la hormiga había desaparecido. El doctor Hauser se encargó de quemar su cadáver. Fue lo que me dijo papá… Y luego estuvieron encerrados

durante unos días. Yo estaba muy nerviosa. Sólo los veía a la hora de comer. Le pregunté a papá, pero no me quiso decir nada acerca de lo que estaban haciendo… Nunca me había gustado el profesor Hauser. Era un hombre muy reservado, él y yo nunca simpatizamos. De pronto, recordé que yo conocía a un hombre en Fort de France que me podía servir para aquella ocasión. Se llamaba Bernard Bidet, y había oído decir que prestaba servicios en el Deuxiéme Bureau… Sin decir nada a mi padre ni a nadie, tomé el avión de Fort de France, me entrevisté con el señor Bidet y le conté la historia… Pero él no me creyó a pesar de todas mis insistencias. Sólo se le ocurrió una cosa, poner una conferencia telefónica a mi padre… Y lo hizo sin que yo lo supiese… Entonces, el señor Bidet me informó que mi padre había dicho que yo debía regresar a su lado… Al parecer, yo estaba muy enferma de los nervios… Decidí regresar a Nassau, pero durante la última noche que pasé en el hotel, el señor Bidet me hizo una llamada telefónica desde su casa. Necesitaba verme urgentemente. Habían disparado contra él… La bala había hecho saltar los cristales de una ventana, y fue a enterrarse en el sillón, a pocas pulgadas de su cabeza. Me citó en el bar Niza… Por si le pasaba algo, me dijo que había escrito una carta a París solicitando el envío de un agente, el cual debía ir a Nassau y hospedarse en el hotel Continental. Una mujer, yo, establecería contacto con él dándole una contraseña: «El diablo ya está en la jaula». Apenas media hora después, me di cuenta de cuán acertado había estado el señor Bidet al pedir un agente. Fue atropellado y muerto por un automóvil que se dio a la fuga…

—Bernard Ridet debió explicar a nuestro jefe el asunto.

—¿Y qué habría dicho su jefe?

Raymond se pasó un dedo por debajo de la nariz, mientras se imaginaba al «viejo» leyendo una carta de un subordinado suyo en la que le hablase de la existencia de una hormiga de dos mil kilos. No, indudablemente el «viejo» habría ordenado el cese del agente en cuestión, o un inmediato examen siquiátrico. Pero también pudo ocurrir que Bernard Ridet no acabase de creer a Isabelle, o que dudase con respecto a que el atentado tuviese relación con aquella fantástica historia del doctor Cavallier y su increíble descubrimiento.

—Tiene razón, Isabelle —respondió convencido— ¿Qué hizo

usted después?

—Decidí volver a Nassau… Al llegar a mi casa me encontré con otra persona. El laboratorio estaba como antes de que aquella gigantesca hormiga lo deshiciese. Busqué a papá por toda la casa, pero no había nadie. Sonó el teléfono y era él. Me dijo que no debía hacer nada, que debía estarme quieta, que él estaba a salvo, y que yo no sabría de él en un par de semanas. Le contesté que me quería reunir con él y que me dijese en qué lugar estaba, pero él me respondió que no podía decirlo y que, si le desobedecía, podía resultar peligroso para él… Le pregunté si estaba secuestrado, y me dijo que no, que se había marchado de casa voluntariamente porque era necesario para la continuación de sus experimentos… Insistió en que yo no debía pedir la ayuda de nadie si quería que todo fuese bien.

—¿Fue ésa la razón por la que no ha establecido contacto conmigo desde que llegué?

—Sí, señor Duc. Salí varias veces de casa y tuve la impresión que me seguían… Me di cuenta de que si yo me acercaba a usted, ellos lo sabrían, y entonces pondría en peligro la vida de mi padre… Pero, al fin, no pude resistirlo más porque pensé que el descubrimiento de papá podía estar en manos del doctor Hauser o de otra persona desaprensiva… —Pudo intentar llamarme por teléfono.

—Lo intenté *el* mismo día que llegó, pero usted no estaba en el Continental… En un par de ocasiones, el señor Ridet se había referido a usted. Era un entusiástico admirador suyo… Pedí que me pusiesen en comunicación con usted, y mientras esperaba, se abrió la puerta y apareció un hombre con una pistola. Me dijo que colgase… Yo así lo hice. El hombre, que era rubio y con cara de asesino, me dijo que no debía intentar de nuevo establecer contacto con usted porque el teléfono estaba interferido y él se enteraría… Si no obedecía sus órdenes no volvería a ver vivo a mi padre. Luego, sin decir nada más, dio media vuelta y salió de allí…

—Silencio —dijo Raymond.

Se oyeron pasos más allá de las palmeras, luego risas. Era un hombre y una mujer. Las risas fueron ahogadas por un beso.

—Querido —dijo ella—, vamos a la playa y tomaremos un baño.

—Creo que es una buena idea.

Se perdieron por el fondo.

—¿Cómo se metió Bresard en el asunto, Isabelle? —inquirió Ray tras la interrupción.

—Yo estaba cada vez más nerviosa, desesperada, sabiendo que usted estaba aquí, en Nassau, y que yo no podía hablar. Hoy salí. Estuve dando vueltas, y en un momento determinado, pensé que quizá había despistado al hombre que me siguiese. Entré en un bar y me dirigí a uno de los clientes. Fue Bresard. Le dije que estaba dispuesta a pagarle bien un favor. No podía contarle de qué se trataba… Le dije que yo esperaría en el bar, y que él debía ir al hotel por usted… Los esperaría allí… Al cabo de un rato, él llamó por teléfono, yo me puse y empezó a decir que usted no quería venir. De pronto, oí unos estampidos. Llamó a Bresard, pero él había enmudecido. Entonces, decidí ponerme en contacto con usted, hablarle, pasara lo que pasara. Ya no me importó nada. Llamé al hotel desde un teléfono público, y allí me dijeron que usted había salido. Un empleado me indicó el restaurante donde acostumbraba usted cenar, de modo que vine aquí, pagué a un camarero para que le diese la nota, y bueno, ya llegué al final de la historia…

Capítulo IV

—¿Qué va hacer, señor Duc? —preguntó Isabelle.

—Lo primero, marcharnos de aquí.

—Pero, nos estarán vigilando.

—Quizá tengamos suerte y sólo vino detrás de usted el negro del cuchillo… Por si le sirve de algo, también a mí me amenazaron…

—¿Quién?

—No lo sé. Lo hicieron por teléfono. Era voz de hombre. Me cantó las excelencias de unas vacaciones en Nassau.

—Señor Duc, pienso que he hecho mal en dejarme ver por usted.

—No le habría perdonado que me dejase de contar esa historia de la hormiga gigante.

—¿Entonces me cree?

—Sí, Isabelle. La creo a pies juntillas. Pero dígame: ¿no tiene una idea aproximada de dónde está su padre?

—No.

—Está bien. Lo buscaremos.

Isabelle apretó la mano de Raymond mientras decía:

—¿Y si ya hubiesen matado a papá?

—Usted respondió a esa pregunta cuando decidió informarme. Ellos no pueden acabar con su padre hasta que no lo expriman, hasta que no le saquen el secreto del experimento que estaba realizando.

—Es lo que me da miedo, que papá haya podido comunicarles su secreto. Entonces, no vacilarán en acabar con él.

—Está claro que su padre vive, Isabelle. De lo contrario, no habrían estrechado el cerco alrededor de nosotros como lo están haciendo.

—Ojalá no se equivoque.

—Quiero que venga conmigo.

—¿Adónde?

—Al *bungalow* de una amiga. Es la dama con la que estaba cenando.

—¿La va a informar a ella de la historia?

—No. Pero no se me ocurre otro lugar como escondite, ya que mi hotel estará vigilado y también lo estará su casa… No será su residencia definitiva, pero de momento, nos servirá para establecer nuestro cuartel general. Venga conmigo y la presentaré a Sandra Harrison.

Los dos jóvenes cruzaron el paseo de palmeras, Raymond todavía con la pistola en la mano, pero guardó el arma al entrar en el restaurante.

El policía gordo salió a su encuentro.

—¡Eh! ¿Dónde se metió usted, Duc?

—Fui al jardín, Henry… Perdone que no le avisase. Imaginé que usted prefería ver a la bailarina española, y yo no acostumbro a llevar compañía cuando me cito con una dama.

—Demonios, otra —exclamó Henry Cott, observando a Isabelle.

Raymond le dio dos palmadas en la espalda y se fue con Isabelle hacia la terraza.

Al verlos llegar, Sandra hizo un gesto de sorpresa, y en seguida sus ojos se pusieron a despedir chispas de fuego.

—¿Me vas a presentar a tu primita, Raymond?

—No es mi prima, Sandra.

—Tu hermana.

—Tampoco, querida. Es la señorita Isabelle Cavallier, que desde ahora está bajo mi tutela.

—¿Se quedó huérfana, ricura? —preguntó Sandra con ironía.

—Creo que ella y yo nos entenderemos, Raymond —repuso Isabelle.

Raymond estaba dejando unos billetes encima de la mesa.

—¿Qué significa esto? —preguntó Sandra.

—Que nos vamos… los tres.

—Nunca he compartido un hombre con otra mujer… Al menos, a sabiendas.

—No seas tortuosa, Sandra. Isabelle se encuentra en un apuro. Su padre se extravió. —Eso le ha pasado por descuidada… Perder

un bolso es cosa normal, pero perder a un padre es imperdonable.

—Sus chistes no tienen ninguna gracia, señorita Harrison —contestó Isabelle con los dientes apretados. Raymond levantó las manos.

—Calma, muchachas, calma… Recuerden que dentro de muy poco se va a celebrar el Día de la Paz Mundial.

Tomó a cada joven por el brazo, y los tres echaron a andar.

El agente al servicio del mayor Finley los miró boquiabiertos porque, a su juicio, Raymond se llevaba a las dos mujeres más hermosas de aquella terraza.

Esta vez Raymond se puso al volante y las dos jóvenes ocuparon el asiento trasero. —¿Se puede saber adónde vamos?— preguntó Sandra.

—A tu casa.

—¿Por qué a mi casa?

—Isabelle no tiene otro techo.

—¿Tampoco tiene hogar? Oh, no sabía que fuese tan pobre…

—Señorita Harrison —repuso Isabelle—, me están cansando sus sarcasmos… Raymond, le ruego que me lleve a la playa o a cualquier parte que no sea su casa…

Raymond Duc ya hacía correr el auto. Vio en el espejo retrovisor dos faros. Pero no le parecieron los del vehículo de Henry Cott.

—Atención, muchachas. Dejen de discutir.

—¿Qué pasa, Raymond? —preguntó Sandra.

—¿Te gustan las emociones fuertes?

—Oh, Raymond, no te irás a declarar ahora. Hay una extraña entre nosotros.

—No se trata de amor, querida. Un coche nos sigue…

—Entonces, ya tengo la respuesta —contestó Sandra.

—¿Sí?

—Uno de los danzarines acrobáticos no dejó de mirarme durante su número. Le causé una buena impresión…

—Me temo que no se trata del danzarín, aunque quizá esté relacionado con las acrobacias. Las tendremos que hacer para librarnos de lo que se nos viene encima.

—No te comprendo, Raymond.

—Isabelle está siendo perseguida por una pandilla de delincuentes…

—Entiendo. Ella formaba parte de la banda y les robó el botín.

—¡Oh, qué lista es usted, Sandra! —intervino Isabelle—. ¿Cómo lo ha sabido tan pronto?

—Me bastó ver sus ojos rasgados para saber que era una mujer de ésas.

—¿Se miró al espejo? Usted también los tiene rasgados, y yo juraría que lo son más que los míos…

Raymond hizo chascar la lengua. Las mujeres seguían discutiendo a pesar de su advertencia. El auto perseguidor se había acercado mucho.

Raymond tomó una curva. Los neumáticos chirriaron. Luego apretó el acelerador.

Por un momento, pareció que el auto perseguidor se iba a salir de la carretera, pero el conductor se hizo con el vehículo y en pocos segundos redujo la distancia.

Ahora corrían por una gran recta.

Raymond se encontraba al volante y era la única persona que portaba armas.

—¿Han usado pistola alguna vez?

Las dos jóvenes contestaron negativamente.

—Entonces, sería bueno que recordasen sus oraciones.

—Eh, Raymond, no estarás hablando en serio —dijo Sandra.

—Absolutamente. Atención. Ahí los tenemos… ¡Ya vienen…!

El coche perseguidor fue ganando terreno y apareció por la derecha de Raymond. Era un «Cadillac» blindado.

Los dos vehículos corrían paralelamente.

Raymond pudo verlos.

Eran cuatro hombres. Dos viajaban delante y otros dos detrás.

De pronto, el conductor movió el volante hacia la izquierda.

Raymond aguantó la tarascada. La intención del conductor asesino era arrojarlos de la carretera. A ciento sesenta kilómetros por hora, si volcaban, sus restos, los de las muchachas y los de él, podían ser recogidos en un pañuelo.

De nuevo, el otro conductor embistió con su coche, pero Raymond también lo burló.

El vehículo de los cuatro hombres tenía una gran potencia y peso. A su lado, el coche deportivo de Sandra era como una hormiga.

Una hormiga, se repitió Raymond… ¡Qué lástima que no tuviese en su poder aquella variante del ácido nucleico para hacerlo beber al coche en lugar de la gasolina! Quizá también el convertible hubiese adquirido una fortaleza veinte veces superior al «Cadillac» blindado. Pero ¿qué tonterías estaba pensando? Bueno, al menos, no había perdido el sentido del humor, aunque estaba a punto de perder la vida.

Las dos mujeres habían enmudecido.

Isabelle rompió el silencio:

—Raymond, uno de los de atrás está sacando una metralleta.

Raymond miró rápidamente hacia la derecha.

Efectivamente, vio que uno de los hombres estaba asomando por la ventanilla el hocico de un arma de gran calibre.

Aquello sería el final porque el fulano no fallaría sus disparos.

Estaban llegando a una curva.

—Agárrense, muchachas. Voy a pegar un frenazo.

Lo dijo y lo hizo.

Fue en el momento en que el fulano puso en marcha su rociador de plomo.

Pero, debido al frenazo de Raymond, las balas sólo repiquetearon contra la carrocería.

Raymond siguió frenando entre crujidos de metal y chirridos de neumáticos.

Sin embargo, el «Cadillac» se precipitó hacia la curva.

El conductor quiso frenar, pero lo hizo demasiado tarde. El «Cadillac» se salió de la carretera y empezó a dar vueltas de campana.

Chocó contra un árbol y el vehículo siguió dando vueltas.

El motor hizo explosión y el «Cadillac» continuó corriendo como un bólido de fuego, hasta que al fin chocó contra otro árbol y se detuvo convertido en una gran hoguera.

Nadie salió del interior.

Las dos jóvenes y Raymond estaban inmóviles en el asiento, contemplando la escena.

Sandra dejó escapar el aire que había retenido largo tiempo en sus pulmones.

—Al fin lo podemos contar… Pero déjeme que le diga una cosa, Isabelle… No tuve ningún gusto en conocerla.

—Eso ya lo sabía… Y no lo dice por lo que ha pasado ahora, sino por Raymond.

—Es usted demasiado atrevida, querida.

—Lo soy, mamaíta…

—Si me vuelve a decir mamaíta, va a conocer lo bien que me hacen la manicura.

—¡Eh, chicas! —intervino Raymond—. ¿Es que también van a discutir ahora?

En aquel momento llegó un auto.

Raymond no tuvo ninguna dificultad en reconocer el coche en que viajaba el gordo Henry Cott.

El agente del mayor Finley corrió hacia el convertible que conducía Raymond.

—¡Cielos! ¿Qué ha pasado?

—Cosas de la muerte, amigo Henry —contestó Duc.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Los viajeros del otro coche se empeñaron en hacernos las cosas difíciles.

—Los vi salir detrás de ustedes. Eran cuatro…

—Sí. Henry. Eran cuatro, pero con los pedazos, sólo podrán reconstruir a uno.

—Señor Duc, es usted muy macabro.

—Todo lo contrario, Henry. Esto resulta la mar de divertido.

Henry se pasó el pañuelo por el cuello.

—Ya veremos si le divierte también al jefe.

—Oiga, Henry: esto puede quedar entre nosotros…

—¿De qué forma?

—Usted nos deja marchar, y aquí no ha pasado nada.

El gordo parpadeó:

—Oiga, Duc; es usted un tipo simpático. Pero cuatro muertos son cuatro muertos…

Van a venir conmigo a la oficina del mayor Finley.

CAPÍTULO V

El mayor Finley, al servicio de Su Majestad Británica, se miró las uñas de la mano derecha después de haber escuchado el relato de Henry Cott.

Frente a Finley se encontraban el agente Duc y las dos mujeres que lo acompañaban, Isabelle y Sandra.

—Fue una desgracia como otra cualquiera —dijo Duc.

—¡Como otra cualquiera, no! —rugió el mayor—. Se dejó un muerto en el jardín del restaurante Riviera. ¡Y otros cuatro dentro de ese «Cadillac»!

—Dos accidentes, mayor.

—¿Cómo?

—El negro del jardín se acuchilló él mismo. Puedo jurarlo por la Corona.

—¡Usted no puede jurar por la Corona porque *soy* yo el que jura por ella!

—Era para que me creyese, mayor.

—¡Basta ya, Duc! Tengo un buen *dossier* acerca de sus actividades. Pedí informes a Londres después de nuestra primera entrevista.

El mayor Finley atrapó un papel de sobre la mesa y dijo examinándolo:

—Aquí lo dice bien claro… ¿Sabe cómo lo califica?

—Tengo curiosidad por saber qué es lo que dicen de mí mis colegas británicos.

—Es usted un agente que no respeta ninguna ley cuando se le encarga una misión. Siente un absoluto desprecio por la vida. Se diría que lo que desea es morir pronto… Su valor es temerario.

—Gracias, mayor.

—Estoy hablando en serio, señor Duc.

—No lo dudo, señor…

—Y hay una observación especial al final del informe en el que se relata una de sus aventuras.

—¿Qué observación especial es ésa?

—Debo informar a Londres qué clase de trabajo está realizando usted en Nassau.

—Supongo eme su respuesta no será difícil.

—¿No?

—Recuérdelo, jefe; estoy disfrutando unas vacaciones.

—¡Le dije que ya basta, señor Duc! No puede estar de vacaciones dejando muertos por todas partes… ¡Y me niego a creer que pueda sostener un romance con dos mujeres al mismo tiempo! ¡Le ordeno que me diga la verdad!

—Está bien. Se la diré, mayor.

—Bravo, señor Duc. Empieza a entrar en razón.

—A una de estas mujeres la conocí casualmente. Se llama Sandra Harrison y es americana.

—Sé perfectamente quién es la señorita Harrison.

—Entonces, le hablaré de Isabelle Cavallier. Es francesa, y viene a pasar unos días en Nassau. Nos conocimos en París, hace algún tiempo, y ahora nos hemos vuelto a encontrar.

El mayor Finley apretó los dientes.

—Cuando le pedí que me dijese la verdad, no me refería a cuál era su relación con estas dos damas, señor Duc. Se está pasando de listo. Pero le advierto que ya agotó mi paciencia. Lo que quiero que me cuente, y usted lo sabe muy bien, es por qué ha habido tantos muertos.

—Debe ser la temporada.

—¡Duc!

—Perdón, mayor. Pero, ya que me aprieta usted tanto, no tendré más remedio que cantar…

—Otra advertencia, Raymond. No pretenda engañarme, ya sé que, según su *dossier*, no tiene usted precio como fabulista. Ha engañado a muchas personas en las cinco partes del mundo, pero si piensa que voy a creer la primera historia fantástica que cuente, se va a llevar una sorpresa.

Duc inspiró profundamente.

—Mayor, le voy a contar la verdad, y sólo la verdad.

—Adelante, Duc.

Raymond Duc se apoyó en la mesa, como si fuese a decir algo en tono confidencial.

El gordo Henry Cott, que no cesaba en enjugarse el sudor de la cara con el pañuelo, se inclinó también para no perderse detalle.

—Mayor —dijo Raymond—, es un asunto la mar de peligroso.

—Ya lo suponía… —asintió Henry Cott, cabeceando.

—Muy grave —agregó Raymond.

—Se trata de una hormiga de dos mil kilos… ¿Se la pueden imaginar? Una hormiga que pesa como un tanque, con unas tenazas capaces de partir en dos a un hombre…

—Demonios, jefe —dijo Henry Cott—. A una hormiga como ésa no debían dejarla salir del hormiguero.

El rostro del mayor Finley estaba congestionado.

—¡Henry! —chilló pegando un puñetazo en la mesa—. Está tratando de colocarnos una fábula… ¿Cómo puedes creer que haya una hormiga de dos mil kilos? ¡No podría salir nunca de su hormiguero!

—Sí, señor. Tiene razón. No puede ser verdad.

El mayor Finley apuntó con el dedo índice a la cara de Raymond.

—Duc, le dije antes que había agotado mi paciencia.

—Lo siento, mayor. Si no me cree, es cuestión suya…

—Pensaba prestarle mi ayuda.

—Gracias, mayor. Préstemela y lucharemos juntos contra esa hormiga de dos mil kilos.

—¡Cállese, Duc!

En aquel momento llamaron a la puerta y el mayor autorizó la entrada.

Apareció un policía, que dijo:

—Mayor, han sido identificados dos de los hombres que viajaban en el automóvil.

—¿Quiénes son?

—James Macpherson y Tom Brewer. Estaban relacionados con la red de contrabandistas de drogas, y hasta hace un año trabajaban en Trinidad… No sabíamos de ellos desde hace unos meses…

—Gracias, Phil. Puede retirarse.

El policía llamado Phil salió de la habitación.

El mayor sonrió mientras sus ojos destellaban intensamente.

—¿Lo ve, señor Duc? Le dije que no me engañaría tan fácilmente como a las otras personas que tuvieron que ver con usted… ¡Ahora lo sé todo!

—¿De veras, mayor?

—Usted fue comisionado por su Gobierno para trabajar contra esa red de contrabandistas de drogas que opera en los cinco continentes… No sé cómo la llamarán ustedes. Nosotros la conocemos como la red «Escarlata», porque según parece, es una mujer quien la dirige…

—Bueno, me descubrió.

El mayor Finley sonrió satisfecho.

—Debo decirle algo, Duc…

—Lo escucho, jefe.

—Nosotros estamos muy adelantados con respecto a ustedes.

—¡No me diga…!

—Muy pronto apresaremos a esa mujer… Quizá sea cuestión de breves días…

—Estupendo, mayor. Estoy dispuesto a echarles una mano.

—No, señor Duc.

—¿Rechaza mi colaboración?

—Ya puede estar seguro de que la rechazo.

Raymond se encogió de hombros.

—Lo siento, jefe. Pensé que le serviría de algo mi experiencia.

—Será su primer fracaso, señor Duc.

—Es posible.

—Y ahora, lárguese… Pero antes, quiero decirles algo a estas señoritas.

Las dos mujeres se quedaron con las cejas enarcadas.

—Señoritas, acepten un consejo, huyan de este hombre como si fuese la peste.

—Ya lo has oído, Isabelle —dijo Sandra—. Este hombre no te conviene.

—Lo mismo digo yo, Sandra. Debes alejarte de este hombre cuanto antes.

Isabelle se colgó del brazo derecho de Raymond y Sandra lo hizo del izquierdo.

—Hasta la vista, mayor —dijo Duc.

Los tres salieron del despacho.

El mayor Finley y el agente Henry Cott habían quedado boquiabiertos.

—Eh, jefe —dijo el gordo Henry Cott—, ¿qué les da ese muchacho?

—¡No lo sé, maldita sea! Aunque quisiera saberlo.

—Oiga, jefe, deben ser unos polvos. Conozco a una mestiza que practica el «vudú». Ellos lo saben fabricar. Verá; se hace con ojos de rana cazadas un sábado de luna llena… —¡Silencio, Henry!— Sí, señor…

—Siga a Raymond.

—Pero, jefe, usted ha dicho que le llevamos ventaja.

—No hay que perder de vista a ese hombre. En cualquier momento, puede ser él quien se adelante. Entonces tendría que presentar la dimisión. Pero antes haría una masacre con los agentes que tengo a mis órdenes. ¿Lo oye bien, agente Cott?

—Sí, señor.

CAPÍTULO VI

Habían llegado al *bungalow* de Sandra.

Raymond se daba cuenta de que las dos jóvenes continuaban siendo enemigas irreconciliables.

Y también estaba seguro de que Sandra no había aceptado la historia de la hormiga de los dos mil kilos.

—Sandra —dijo cuando se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo—, he de decirte algo muy importante.

Sandra estaba preparando *whiskys*.

—¡Oh, Raymond! Si vas a pedirme que sea tu mujer, espera a que estemos solos.

Isabelle se revolvió hacia ella con la ligereza de un áspid.

—¿Ya lo cazaste, Sandra?

—Sí, querida. Le echó la red, y no consentiré que una pescadora de tres al cuarto me lo arrebate.

—Eres muy poco mujer para amenazarme…

—¿Quieres que te tire un vaso a la cabeza?

—Por favor, no quiero más peleas ni más gritos —intervino Ray —. Ya tuve bastante con oír al mayor Finley.

Sandra se acercó con una bandeja en la que había tres vasos. Ofreció uno a Isabelle mientras decía por lo bajo:

—Lástima que se me olvidase echar el veneno.

—El veneno ya lo pones. Te sale por los ojos, de modo que no te preocupes, querida.

—¿Es que vais a empezar otra vez? —Gruñó Raymond.

Tomó uno de los vasos y bebió un largo trago.

—Sandra, lo de la hormiga es verdad —dijo.

Sandra lanzó una carcajada.

—Estuvo bien eso de la hormiga. El mayor Finley casi lo creyó…

—Cariño, te repito que lo que dije al mayor es cierto.

—Raymond, lo que más me gusta de ti son tus ingeniosidades. Eres maravilloso…

Cuentas las historias de una forma encantadora.

Duc miró a Isabelle y lanzó un suspiro.

—Ya lo ves, Isabelle. No me cree.

—No insistas mucho. Quizá a la hormiga se le ocurra dar una vuelta por aquí y convencerla con sus tenazas.

—Eso quisieras tú —dijo Sandra—, que me partiesen en dos mitades.

—Sandra, por tu bien, es mejor que te convenzas cuanto antes de que Raymond no te ha mentido.

—Ya lo sé. Os habéis puesto de acuerdo los dos. Me queréis eliminar de vuestro lado. Es eso, ¿eh, Raymond?

—No, querida.

—¡Eres un traidor, un miserable, un gusano…!

—Cálmate, Sandra.

—¡Y un cuerno me voy a calmar! Ahora comprendo la clase de entrevista que sostuviste con ella en el jardín. Y has tenido la desfachatez de traerla a mi propia casa. ¿Qué os creéis vosotros? ¿Que soy el hada madrina de vuestro sublime amor? ¡Ah, no! ¡Nunca lo soportaré! ¡Nunca! ¿Lo oyes bien, Raymond Duc? Yo soy una mujer y no soporto ciertas cosas que hieren mi honestidad.

—Cariño —dijo Raymond tras la larga protesta de Sandra—, no sé cómo meterte en la cabeza que ahora no soy un fabulista.

En aquel momento se puso a sonar el teléfono.

Sandra descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Por favor, quiero hablar con el señor Duc —contestó una voz varonil.

—¿Cómo sabe que está aquí?

—Yo sé muchas cosas, señorita Harrison.

—En seguida lo aviso —Sandra alargó el auricular a Raymond —. Es para ti, Raymond.

—¿Quién es?

—No lo ha dicho.

Raymond tomó el micro de manos de Sandra.

—¿Con quién hablo?

—Ya me conoce, señor Duc.
—Caramba, la Voz Misteriosa de las Bahamas.
—Señor Duc, habrá podido comprobar que yo no hablaba en broma.
—Claro que no. Desde el primer momento lo supe.
—Usted dijo que iba a obedecer, que se apartaría del asunto.
—No, amigo, no dije eso. Usted me comprendió mal…
—Sea lo que fuere, lo cierto es que habrá tenido oportunidad de conocer mis procedimientos.
—Oh, sí, Voz Misteriosa de las Bahamas, lo he sabido, y por ello, tengo que decirle algo especial.
—Dígalo.
—¡Hijo de perra…!
El desconocido que estaba a la otra parte del cable soltó una carcajada.
—Señor Duc, parece muy enfadado.
—Lo sabrá cuando pueda echarle mano.
—De modo que piensa continuar en el asunto.
—Oiga, Voz, son ustedes los que deben apartarse de este negocio porque les va a resultar mal. Dejen en libertad al doctor Cavallier. Su descubrimiento le pertenece enteramente, y él puede darlo a quien le parezca.
—Da la casualidad que lo quiere vender al Gobierno francés.
—Entonces, respeten su decisión.
—No podemos, señor Duc.
—¿Por qué no?
—Durante muchos años, nuestro patrón ha tratado de conseguir lo que ha descubierto el doctor Cavallier.
—¿Quién es su patrón?
—Es un secreto, señor Duc, pero le aseguro que en estos momentos es el hombre más poderoso de nuestro planeta.
—No me haga reír, Voz.
—Puede reír cuanto quiera porque es la verdad. Nuestro patrón tiene un poder por encima de las potencias atómicas.
—Está chiflado.
—Lo crea usted o no, señor Duc, nuestro patrón es hoy más poderoso que los Estados Unidos con todo su arsenal atómico… Más poderoso que Rusia con todos sus satélites para bombardeos

nucleares.

—Cuénteme ahora el de la viuda.

—Imagino que sabe todos los de viudas, y por ello no voy a perder mi tiempo. Ahora le falta saber lo más importante.

—¿Qué cosa, Voz?

—Le estuve hablando para entretenerlo.

—Pues me entretuvo muy poco. Prefiero a Dick Van Dike y a Tin-Tin.

—Muy gracioso, señor Duc. Pero, de un momento a otro va a recibir la prueba de que mi patrón es el hombre más fuerte que existe en el planeta llamado Tierra. Lástima que no pueda volver a hablar con usted.

Inmediatamente, el hombre colgó.

Raymond quedó unos instantes con el auricular en la mano.

—¿Qué pasa, Raymond? —preguntó Isabelle.

—No me gusta nada.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Lo que me dijo el fulano que dialogó conmigo.

Raymond sacó la pistola.

—Pero ¿qué es lo que te dijo? —inquirió la francesita.

—Que me iba a dar una prueba convincente del poder de su patrón.

—¿Y qué quiso decir? —preguntó Isabelle—. Me temo que lo peor.

De pronto, el tabique de la derecha crujió.

Sandra dio un chillido al ver que el muro se resquebrajaba y que los cristales de la ventana saltaban hechos añicos.

—¡Atrás, muchachas! —gritó Raymond—. ¡Al fondo de la estancia!

Pero tuvo que sacar de los sillones a Sandra e Isabelle y empujarlas hacia el rincón.

El muro más cercano al jardín crujió otra vez.

La mitad superior se desplomó levantando una gran polvareda.

Raymond vio una masa rojiza por el hueco que se había producido.

Sandra gritó:

—¿Qué es eso?

Cascotes y ladrillos se vinieron abajo ante la nueva embestida

del extraño ser que se encontraba en el jardín.

Raymond apretó la culata de la pistola mientras retrocedía flanqueado por las jóvenes.

Por entre los cascotes vieron aparecer algo.

Unas tenazas espantosas, gigantescas.

—¡Es una hormiga! —exclamó Isabelle.

Sandra chocó las espaldas contra la pared. Quedó paralizada, los ojos desorbitados, la boca abierta…

El horrible monstruo se movió otra vez, y aquellas tenazas atraparon un montón de cascotes y los arrojó a un lado como si fuesen de cartón-piedra.

—¡Nos va a matar! —chilló Isabelle.

Raymond levantó la pistola, pero no quiso disparar todavía. La hormiga estaba demasiado lejos. Quería buscarle un punto vital, porque estaba seguro de que las balas no harían nada en las terroríficas pinzas.

Ahora la hormiga pasó una de sus patas por encima de los cascotes.

La otra parte del muro que había quedado en pie se derrumbó.

La hormiga avanzó hacia ellos, bamboleando su enorme cabeza.

Las dos mujeres escondieron la cara sin dejar de dar chillidos.

—Hacia la puerta —ordenó Raymond—. ¡Salid de aquí!

Pero las dos mujeres estaban llenas de pánico, paralizadas y no dieron un solo paso para escapar.

La hormiga seguía avanzando.

Raymond apuntó a la cabeza.

Hizo fuego.

Dos balas rebotaron en el testuz de aquella enorme hormiga, y salieron silbando.

Tal como esperaba, había fracasado en su intento.

La hormiga seguía avanzando hacia ellos. Ya estaba a menos de tres yardas.

Raymond disparó una y otra vez, pero obtuvo el mismo resultado que antes.

Apretó una vez más el gatillo, pero el arma sólo produjo un sonido metálico porque había quedado sin munición.

Arrojó la pistola contra el repugnante bicho.

Entonces, Raymond tuvo una idea.

Sacó con mucha rapidez la caja de fósforos.

Tomó la alfombra del suelo y tiró de ella. Luego envolvió una silla. Encendió un fósforo y lo dejó caer en la alfombra. Muy aprisa, encendió tres fósforos más que emprendieron el camino del primero.

La alfombra ya estaba ardiendo.

Raymond atrapó la silla por las patas y la balanceó de un lado a otro para avivar las llamas.

Levantó aquel proyectil y lo arrojó sobre el insecto, que ya estaba levantando las pinzas abiertas.

La silla con la alfombra ardiente golpeó contra la cabeza de la hormiga.

Las llamas prendieron en el enorme animal como si fuese yesca.

La hormiga soltó un auténtico rugido.

Alzó las pinzas en el aire, abriéndolas al máximo, pero las llamas prendieron en ellas antes de que cayesen sobre Raymond y las dos jóvenes.

Daba la impresión de que la hormiga estaba cubierta con pólvora, dada la velocidad que las llamas prendían en su cuerpo.

El bicho quiso retroceder, pero ya era una pura brasa, desde la cabeza hasta las patas posteriores.

El fuego empezó a consumir al animal.

Apenas en treinta segundos, aquel monstruo de dos metros de altura se fue empequeñeciendo hasta convertirse en ceniza.

Las mujeres retiraron las manos de la cara para contemplar la escena.

Nadie estaría dispuesto a admitir que aquellos restos calcinados hubiesen formado parte un minuto antes de una hormiga de aquel tamaño.

Sandra e Isabelle se acercaron al mismo tiempo a Ray.

—Ray —dijo Sandra—, estréchame entre tus brazos para convencerme de que no ha sido una pesadilla.

Pero Isabelle se le adelantó, echándose sobre el pecho de Duc.

El agente del Deuxiéme Bureau no quiso conceder más a una que a otra, de modo que destinó un brazo a cada joven, y así las estrechó a las dos.

—Ya pasó todo… Hemos de marcharnos de aquí… Os llevaré a un hotel.

* * *

El mayor Finley vio entrar a su oficina a Henry Cott.

—¿Es que no sabe llamar, agente?

El gordo Henry dio un traspié y soltó un hipido.

—Perdón, jefe, pero lo olvidé.

—¿Qué le pasa, Henry? No me diga que perdió la pista de Raymond Duc…

—Sí, señor. La perdí.

—Ya entiendo. Es usted un inepto. El señor Duc lo invitó en un bar, lo emborrachó, y llegado el momento, lo dejó con un palmo de narices.

—No, jefe. No pasó así. Me marché yo voluntariamente.

—¿De dónde?

—De casa de la señorita Harrison, donde vi entrar a Duc con las dos muchachas… Yo me quedé en el jardín.

—Henry, esto le va a costar caro… Se llevó una botella para hacer su vigilancia entre trago y trago.

—No, mayor. No fue así.

—¡Dígame de una vez qué es lo que pasó, Henry!

—Es lo que trato de contar y usted no me deja.

—¡Hable inmediatamente!

—Yo estaba en el jardín, arrimado a un platanero, cuando oí un raido *a* mi espalda. Era como si un animal se estuviese arrastrando por entre las plantas. De pronto lo vi aparecer.

—Se refiere al perro guardián de la señorita Harrison.

—No, mayor, no era un perro. Yo diría mejor que eran cien perros, o mejor aún, mil perros.

—¡Henry! ¡Deje a la jauría!

—Mayor, la verdad es que sólo era un animal… Uno solo… ¿Y sabe lo que era? Una hormiga. Eso es, una hormiga…

—¡Henry!

—A la orden, mayor.

—Ya sé lo que pasó.

—¿Sí, jefe? Seguro que le dieron a la hormiga aceite de hígado de bacalao. También me lo dieron a mí cuando era pequeño. Tenía que haberme visto a los doce años, pesaba casi los cien kilos. Lo que pasa es que luego, adelgacé porque los doctores me tuvieron en

tratamiento.

—¡Basta de tonterías, Henry! ¡He dicho que sé lo que pasó!

—¿Qué cosa, jefe?

—Raymond Duc lo hipnotizó.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Ese hombre tiene una facultad… La de influir en sus semejantes. Usted estaba aquí cuando él contó lo de esa hormiga gigante. Raymond nos estaba tomando el pelo, pero después de salir de aquí, ha hablado con usted. Ha insistido una y otra vez en la existencia de esa hormiga.

—Mayor, le juro que yo vi esa hormiga… La vi con estos ojos que se han de comer la tierra.

—Lo va a comer la tierra antes de tiempo si continúa diciendo tonterías, Henry. Está ebrio.

—Sí, señor.

—Luego, lo confiesa.

—No, señor. Quise decir que bebí después de ver la hormiga… Yo estaba en el jardín de la señorita Harrison cuando la vi llegar… Pasó a unas diez yardas. Menos mal que no me vio. Con sus pinzas me habría podido partir a rebanadas. Luego, la hormiga se puso a derrumbar la casa de la señorita Harrison.

—Conque la hormiga derribó la casa…

—Sí, señor. Y Raymond Duc y las dos jóvenes estaban dentro. Oí sus gritos… Y entonces, ya no pude esperar más y eché a correr. Soy un cobarde, mayor. Debí ayudarlos. ¡Pobre señor Duc, con lo simpático que era! ¿Y qué me dice de esas jóvenes? A estas horas han dejado de ser hermosas, ya no atraerán a ningún hombre… Han quedado inservibles, mayor.

Finley se levanto de un salto.

—¡Henry, voy a hacer una comprobación! ¡Va a venir conmigo a la casa de la señorita Harrison!

—¡No lo haga, jefe! ¡La hormiga gigante debe estar allí y acabará con nosotros!

—No hay tal hormiga… ¡Vamos!

El mayor Finley y el agente Cott viajaron en un *jeep* de la policía.

El gordo agente dijo cuando llegaron:

—Mire, mayor. El muro está derruido, tal como le dije…

Finley y Cott saltaron del *jeep* y entraron en el amplio jardín que rodeaba la casa de Sandra.

—¡No puede ser, maldita sea! —gritó Finley.

En aquel momento vieron salir a Raymond Duc acompañado por Isabelle y Sandra. Las dos jóvenes portaban maletas.

—¿Cómo le va, mayor? —preguntó Duc.

—¿Quién hizo eso? —dijo Finley señalando el muro.

—Si se lo digo, no lo va a creer.

—Ya lo sé. Una hormiga…

—Magnífico, jefe… Es suyo el dólar… ¿Lo toma o lo deja?

—Conque la hormiga, ¿eh? —rió el mayor Finley estremeciendo los hombros—. ¿Cree que me puede hipnotizar lo mismo que a Henry Cott? Se equivoca, señor Duc. Yo soy un hombre de voluntad firme. Por eso he llegado adonde estoy. No podrá embaucarme, se lo advertí ya.

—Muy bien, mayor. Si no lo cree, es asunto suyo.

—Claro que es cuestión mía.

—¡Eh, jefe! —intervino Henry Cott—. ¿No ha visto los destrozos que hizo el bichito en la casa?

El mayor Finley se volvió hacia el muro.

—¡Aquí está la hormiga! —gritó.

Henry dio un salto.

—¿Dónde, jefe?

El mayor Finley se agachó y tomó algo del suelo. Mostró una hormiga en la palma de la mano.

—Ésta es la enorme, la gigantesca hormiga, que junto con otras miles, ha sido capaz de destruir ese muro… ¡Mírala bien, Henry…! Pero ten cuidado, no te acerques mucho porque quizá te cace con sus potentes pinzas… El mayor arrojó la hormiga a tierra. Estaba muy furioso.

—Bueno, Duc. Ahora que su treta no dio resultado, espero se dé cuenta que esta vez encontró en su camino a alguien más listo que usted.

—Sí, mayor.

—Henry, vámonos de aquí…

El agente se enjugó el sudor del cuello con el pañuelo. Vio que el mayor Finley se dirigía hacia el *jeep* y miró a Raymond, encogiéndose de hombros.

—Es un escéptico. Pero, dígame, señor Duc; ¿qué pasó con la hormiga gigante?

—La quemé, Henry…

—Bien hecho, señor Duc.

—Lo malo es que puede haber otras.

—Demonios, voy a pedir las vacaciones al señor Finley. Se las pediré ahora mismo. Vine a las Bahamas porque me gustaba el calor, pero ahora prefiero el frío. ¡Pediré que me trasladen a la zona más helada del Canadá!

Henry echó a correr tras de su jefe que estaba haciendo sonar el claxon del vehículo.

Capítulo VII

El doctor Max Hauser bebió un trago de su martini.

—Les advertí que esa hormiga no era perfecta para el fin que se proponía. Ustedes se precipitaron. La sustancia del doctor Cavallier debió ser combinada con Gerum-3. Eso le habría dado la fortaleza y la habría hecho inmune al fuego. A estas horas, ese entrometido, Raymond Duc, estaría convertido en una piltrafa.

El profesor Hauser era alto, rubio, de mentón saliente, y defendía los ojos con lentes de miope.

Se dirigía a las dos personas que se encontraban con él en aquel vestíbulo.

Una de ellas era una mujer de fascinante hermosura. Vestía pantalones, desde la cintura hasta los tobillos, que parecían pegados a su piel, y una blusa roja, adherida también a los senos exuberantes. Entre la blusa y el pantalón había un trozo de piel de un color cremoso. Sus pies estaban desnudos, las uñas pintadas de oro, con un brazalete del áureo metal en el tobillo derecho, como adorno.

Estaba haciendo gimnasia, y de vez en cuando se interrumpía para alargar la mano y tomar el vaso de *whisky* que había dejado sobre una mesa ratona.

Ahora ella también bebió un trago y dijo:

—No sé por qué tenéis miedo a un solo hombre. ¿Qué puede hacer él contra nosotros y contra nuestro inmenso poder?

La tercera persona de aquella reunión era un hombre de labios que se curvaban hacia abajo y que parecían sonreír eternamente.

—Sé bien quién es Raymond Duc, Natalie —dijo a la joven—. Un hombre que no conoce el miedo… Rápido con los puños y certero con las armas… Un hombre que sabe arreglárselas en

cualquier ambiente social y que posee un don maravilloso.

—¿Qué don tan particular es ése? —preguntó Natalie.

—Enamorar a las mujeres que se cruzan en su camino.

Natalie se estaba tocando la punta del pie derecho con la mano izquierda, y se levantó.

Su cara estaba muy seria y eso hacía resaltar su gran belleza.

—Nunca me enamoraría a mí…

El profesor Hauser intervino:

—Quizá porque tú no eres una mujer.

La joven lo fulminó con la mirada.

—Doctor, el hecho de que yo te haya negado mis favores, no te da derecho a esa clase de resentimiento.

El doctor Hauser se sonrojó visiblemente.

—No nos apartemos de la cuestión principal —repuso—. El hecho es que Raymond Duc sigue viviendo, y que no han valido las amenazas con él… Hasta ha sido capaz de destruir a ese bicho que le fue enviado… ¿Qué se le ocurre ahora, Frankie?

Frankie Murray era el hombre que siempre tenía los labios curvados.

—Sólo puedo llegar a una conclusión, y es que el experimento del doctor Cavallier no está completo.

Le falta mi Gerum-3.

—No está probado que el Gerum-3 sea eficaz, doctor Hauser.

—Deben dejarme hacer mi experimento.

—No tenemos bastante compuesto de ácido nucleico, no lo tendremos hasta que ese destilador atómico del doctor Cavallier empiece a funcionar… Y usted, doctor Hauser, dijo que el destilador estaría terminado en tres días. Ya ha pasado ese plazo y todavía no funciona.

—No ha sido culpa mía.

—¿De quién ha sido entonces?

—El doctor Cavallier no trabaja a pleno rendimiento.

—Usted es el responsable de ello… Dijo que conseguiría engañarle, que el doctor Cavallier trabajaría por las buenas en la creencia de que su experimento está siendo costeado por el Gobierno francés, a quien se dará el informe de los resultados.

—Sí, señor Murray. Fue así como planteé el asunto ante Cavallier.

—¿Está seguro de que su colega lo creyó, doctor Hauser?

Max Hauser se mojó los labios con la lengua.

—¿Por qué titubea, doctor? —preguntó Murray.

—Hace unos días, el doctor Cavallier estaba convencido de la verdad de mis palabras.

—¿Quiere sugerir que ya no lo está? —Tengo mis dudas.

Frankie Murray se levantó del sillón.

—No puede existir ninguna duda con respecto a este trabajo, doctor Hauser. Le he pagado ya diez mil dólares en tres meses, he hecho una inversión de cincuenta mil en el laboratorio. Usted me prometió que no fallaría, pero a un fracaso siguió otro hasta que de pronto surgió su colega, anunciándole su gran descubrimiento. Resultó que el doctor Cavallier le había tomado a usted una gran ventaja.

—Seguíamos distintos caminos para llegar a un mismo resultado científico.

—Pero él llegó antes.

—Cuando se trabaja en un laboratorio nunca se sabe a qué distancia se encuentra del éxito. Uno puede estar muy cerca, y de pronto alejarse sin que se dé cuenta de ello.

—No me interesan sus disculpas, doctor Hauser. No soy un hombre de ciencia como usted, sino alguien que es realista… Me prometí esa droga y no me detendré hasta tenerla.

—No es una droga.

—Me importa un rábano cómo lo llame usted. Para mí es como una droga maravillosa… Hable con el doctor Cavallier, convénzalo de que debe intensificar sus esfuerzos. Le voy a conceder un par de horas para que me dé una fecha fija como final del experimento. Ya sabe, quiero tener en mi poder esa substancia producida por el destilador atómico. Y si usted es impotente para conseguir eso del doctor Cavallier, yo entraré en acción. Y le aseguro que no andaré con vacilaciones, doctor Hauser…

El doctor Hauser movió la cabeza.

—Hablaré con el doctor Cavallier ahora mismo.

Dio media vuelta y salió de la habitación.

Natalie Keller se echó a reír.

No has debido herir al doctor Hauser en mi presencia.

—¿Por qué no?

—Está enamorado de mí, y para un hombre que se encuentra en esas condiciones es humillante verse vapuleado en presencia de la mujer amada.

—No tengo tiempo para andar con apreciaciones sicológicas. El Gran Mago me dio órdenes concretas… Y yo soy el encargado de ponerlas en práctica…

—Frankie, ¿cuándo hablarás con el Gran Mago?

—Esta noche.

—¿Por qué no me llevas contigo?

—¿Para qué?

—Para conocerlo.

—Eso no puede ser…

—¿Qué inconveniente hay?

—¿Cómo quieres que te diga las cosas? El Gran Mago no quiere ser conocido por nadie. Yo soy la única persona que le ha visto la cara.

—¿Cómo es?

—Pierdes el tiempo. No voy a describírtelo.

—Eres un tonto. ¿Acaso crees que lo voy a vender?

—Cariño, hemos hecho muchos trabajos juntos, hasta que yo tuve la suerte de que el Gran Mago se fijase en mí para llevar a cabo sus grandes proyectos. Me he convertido en su mano derecha, y tú, de rechazo, eres la izquierda. Confórmate con eso… —Está bien, Frankie, no te enfades.

—Ven aquí.

—¿Para qué?

—¡Maldita sea, he dicho que vengas!

Natalie Keller dio un suspiro y se acercó al sillón donde se encontraba Frankie Murray.

El dio un tirón de ella y la sentó sobre sus rodillas.

Luego le pasó una mano por la cintura y la besó en los rojos labios.

De pronto, la apartó de sí, y ella cayó en el suelo, golpeándose en la cadera.

—¿Qué te pasa, Frankie?

—¿Qué clase de mujer eres tú?

—No te entiendo. Siempre has dicho que nunca habías encontrado a ninguna más atractiva.

—Pero eres un pedazo de hielo. El doctor Hauser tiene razón… No hay en ti una sola brizna de pasión.

Ella echó la cabeza atrás, en un gesto de coquetería, y sonrió mostrando sus dientes como perlas.

—¿No crees que soy seductora?

—Conoces los movimientos precisos que debe hacer una mujer para volver loco a un hombre. Pero hay algo más. El amor es un juego entre dos contendientes, y cada cual debe desarrollar su parte con el mayor entusiasmo.

—Quizá no nací para eso.

Frankie se levantó y la atrapó por el cuello.

—Suéltame, Frankie. Me haces daño.

—No quiero que me contestes con desafío.

Lo siento, Frankie.

Se agachó sobre ella y la besó en la boca, pero Natalie continuó insensible mientras Frankie la apretaba con todas sus fuerzas.

* * *

El doctor Alain Cavallier estaba inmóvil, sentado en una silla, la mirada fija en una probeta donde un líquido hervía.

Oyó abrirse la puerta, pero no desvió los ojos hacia aquel lado.

El doctor Hauser entró en el laboratorio, acercándose a su colega.

—Alain, ¿cómo marcha el destilador atómico?

Alain Cavallier frisaba en los cincuenta años, y era de rostro noble, facciones suaves.

—Nunca tendréis el destilador atómico.

—¿Qué es lo que dices, Alain?

—Me has traicionado, Max.

—No sé de qué me hablas.

—Me has convertido en un traidor a mi país, al mundo entero, y ahora me quieres obligar a que pisotee los derechos humanos.

—¿Te has vuelto loco, Alain?

—Tú eres el que te has vuelto loco al venderte a ese hombre.

—Imagino que al decir ese hombre te refieres al representante del Gobierno francés, al señor Berthier.

—Deja ya la farsa. Ese hombre no es el representante del

Gobierno francés.

—No te comprendo, Alain.

—Me entiendes perfectamente. Has abusado de mi confianza… Has sorprendido mi buena fe… Y no hace falta que te defiendas, porque lo he oído todo… Hace unos días salí en tu busca para hacerte una pregunta. Fui a tu habitación, y escuché el diálogo que sostenías con ese individuo que tú me quisiste hacer pasar como un representante del Gobierno francés. Estoy trabajando para un hombre al que le llaman el Gran Mago…

¿Quién es?

—No lo sé. Ni nos importa.

—A mí sí me importa, Max…

El doctor Hauser se pasó una mano por la cara.

—Por favor, Alain, conserva la cabeza sobre los hombros.

—Eres tú quien la ha perdido… Te doblegaste ante esos hombres. Creí que eras un científico y sólo eres un comerciante…

—Creo que me estás tratando con demasiada dureza.

—No con la que mereces.

—Alain, tienes que escucharme… Dediqué mi vida al laboratorio. Desde muy joven, casi un niño, me obsesionó encontrar la primera sustancia origen de la vida… Me apasioné leyendo los filósofos griegos mientras otros muchachos pensaban en los indios, y en las aventuras de piratas… Encontraba excitante lo que dejaron escrito aquellos hombres de la antigua Grecia… Ellos también buscaban la primera materia origen de la vida. Unos decían que era el aire, otros el agua, unos terceros el fuego… Hasta inventaron palabras para bautizar a esa primera materia. Me prometí a mí mismo que yo daría con ella algún día. Estudié, luché y trabajé con ahínco… Al principio, tras un fracaso no me desanimaba… Pero mis éxitos eran muy relativos, demasiado insignificantes… Cuando te conocí en París, me di cuenta de que tú eras el único hombre en el mundo que podía lograr lo que yo y tantos centenares estábamos buscando.

La voz de Hauser se había hecho muy grave. Parecía un hombre vencido.

—Desde entonces, Alain, estudié todo lo que habías publicado acerca de tus experimentos.

—Y también por eso viniste a las Antillas.

—Sí, Alain, quería estar cerca de ti, porque sabía que un día u otro lograrías la victoria.

Por ello, continué tu amistad.

—No puedo justificar tu conducta, Max… Has traicionado los principios científicos…

—Un día me embriagué. Estaba en un club. Hablé con un hombre, le expliqué mis trabajos, lo que yo pretendía conseguir. Estaba cerca de hallarlo… Era mentira. El me ofreció dinero, mucho dinero, a cambio de lo que supuestamente yo estaba a punto de lograr en mi laboratorio… Necesitaba dinero. Lo había gastado todo. No quería volver a Bonn a dar otra vez clases… No podía esperar nada de la vida. Por eso claudiqué…

—Lo siento por ti, Max. Me das lástima.

—Alain no me puedes abandonar ahora.

—¿Cómo puedes decir eso?

—He prometido a Murray que conseguiré para él la primera sustancia de la vida.

—No me importa lo que tú hayas prometido. No la tendréis nunca.

—Me matarán, Alain. Tú no conoces a esa gente. Son capaces de todo.

—Lo siento, Max. Pero no puedo hacer nada por ti.

—Conque no, ¿eh? Te equivocas. Tendrás que hacerlo… No creas que yo soy el único que está en peligro de morir. ¡También lo estás tú!

El doctor Cavallier sonrió con amargura.

—¿Crees que tengo miedo, Max?

—El mundo es maravilloso, Alain. Tendremos mucho dinero. Nos hemos pasado la vida sacrificándonos y nadie nos lo agradeció.

—Lo que yo he hecho no ha sido para que alguien me lo agradeciese. Era una satisfacción para mí mismo, y con eso me bastaba.

—Hay cosas que tú no sabes que existen… Placeres maravillosos, excitantes… Pasamos nuestra vida metidos en una jaula, como esos conejillos de Indias que utilizamos en nuestros experimentos. Eramos como ellos, Alain. Pero ahora, gracias a tu descubrimiento, podremos tener todo lo que de bueno hay en el mundo, lo que la mayoría de los hombres desean…

—Yo no deseo eso.

—Alain, convéncete. Ahora podremos recuperar nuestro tiempo malgastado.

—Yo no estoy arrepentido de nada de lo que haya hecho… Mi vida ha sido feliz.

—No sabes lo que dices.

—Tú eres el que no lo sabe, Max.

—Escúchame bien, Alain. Ellos son muy fuertes… Nos tienen en sus manos… Si no aceptas trabajar por las buenas en favor de ellos, te obligarán…

—Te dije antes que no me asusta la muerte… Anda, ve y di a tus amos que no pienso hacer absolutamente nada. Durante todos estos días he saboteado mis experimentos. No he adelantado un solo paso…

—Pero conseguiste la primera materia, la variante del ácido nucleico que sirvo para hacer crecer esa hormiga.

—Ten en cuenta que ya lo había conseguido antes, que lo hice cuando todavía creía en tu palabra. Pero ya no destilaré una gota más.

—Olvidas que aún nos resta una botella y que ese hombre, Murray, la tiene en su poder.

—Tienes que ayudarme para destruirla, Max.

—No haré tal cosa… Eres tú el que debes convencerte de que es preferible que trabajemos para ellos…

—No, Max. No cuentes conmigo… —¿Es tu última palabra?

—Sí, Max.

El doctor Hauser salió precipitadamente del laboratorio y se dirigió de nuevo al vestíbulo.

Natalie había terminado su lección de gimnasia.

Estaba tendida en el sofá, fumando un cigarrillo.

Frankie Murray leía un diario sentado en el sillón.

—Señor Murray —dijo Max.

—¿Qué pasa, doctor?

—El doctor Cavallier ya sabe que usted no representa al Gobierno francés. No quiere seguir trabajando para usted.

Murray dejó caer el periódico en el suelo, y miró a Max Hauser con las cejas enarcadas.

De pronto, se echó a reír.

—¿Eso dijo el doctor Cavallier?

—Sí, e insistió mucho en que es su respuesta definitiva.

—Es usted más torpe de lo que yo pensaba, doctor Hauser.

—No fue culpa mía. Dijo que vino a mi cuarto y escuchó un diálogo entre usted y yo.

Durante los últimos días no hizo nada por adelantar su trabajo.

—Mi instinto no me traicionó.

—Lo he amenazado con la muerte, pero él dice que no le importa.

—No diga tonterías. Todavía estoy por conocer a un hombre que no le interese vivir.

—El doctor Cavallier es una excepción.

—Eso lo veremos ahora.

Murray se encaminó al laboratorio.

Natalie se alzó del sofá y lo siguió, diciendo:

—No quiero perderme el espectáculo.

Los tres, uno tras otro, entraron en el laboratorio donde trabajaba el doctor Cavallier.

El sabio francés se levantó de su silla. Miró con firmeza a Murray.

—¿Ya le ha dicho su esbirro cuál es mi respuesta a su torpe plan?

—Sí, doctor. Algo me ha dicho —contestó Murray, mientras se apretaba el puente de la nariz.

—He terminado con ustedes… Ruego me dejen salir…

—Usted será todo lo inteligente que quiera, doctor Cavallier, pero es un ingenuo…

¿Cree de verdad que va a salir de aquí?

—Lo haré vivo o muerto.

—Hermosa respuesta… Lástima que en su país no se enteren de esas palabras. Seguro que lo incluirían en los libros de texto, junto con Juana de Arco, Napoleón y otros compatriotas suyos… Pero está cometiendo un grave error, doctor Cavallier. Usted va a seguir trabajando para nosotros…

—Puede matarme si quiere.

Natalie intervino:

—Murray, ¿por qué no me dejas a solas con el doctor Cavallier?

Se movió lánguidamente, con una gran seducción, y detúvose

muy cerca de Alain Cavallier.

—Doctor, ¿qué le parezco yo como premio?

—Mujeres como usted se obtienen a cambio de unas monedas, no de un descubrimiento científico.

Murray soltó una risotada.

—Eh, Natalie, parece que encontraste la horma de tu zapato.

Los ojos de la hermosa Natalie Keller chispearon.

—Doctor, ¿quiere que le arañe la cara?

—No se lo aconsejo. Sería una insignificante venganza para usted. Además, su jefe preferirá cualquier otra clase de tormento a sus zarpazos.

—Se equivoca, doctor —habló Murray—. No necesito darle tormento para conseguir que trabaje para nosotros. Usted tiene una preciosa hija…

Hubo un silencio tras aquellas palabras.

El rostro de Alain Cavallier palideció poco a poco. —Ella está segura— dijo.

—¿Usted cree, doctor?

—No la tienen en su poder.

—Es cierto. No la tenemos, pero la podríamos tener en poco tiempo.

—¡No la toquen!

—Eso va a depender de usted, doctor.

—¡Es usted un canalla!

—Doctor, quiero aclararle un par de cosas… Iba a realizar sus experimentos si yo hubiese sido Bernard Berthier, el representante del Gobierno francés. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Bueno. Entonces hágase la cuenta de que es el Gobierno francés quien me respalda.

—No puedo admitir como verdad algo que es mentira.

—Doctor, ¿qué diferencia hay entre que sea el Gobierno francés quien tenga en sus manos su descubrimiento o que sea otro grupo de hombres? El fin siempre será el mismo. Si el Gobierno francés tiene el monopolio de su descubrimiento, también querrá adueñarse del mundo.

—No lo creo.

Murray esbozó una sonrisa.

—Es una apreciación subjetiva. Dice que no lo cree, pero la verdad es que no está seguro de ello. Todos los países están lanzados en una carrera para conseguir un arma decisiva, un arma que les proporcione el dominio del mundo. Nadie quiere compartir sus secretos… Es falso cuanto dicen los políticos. Sólo están dispuestos a ceder cuando sus armas han quedado viejas, anticuadas, o cuando se ha alcanzado un equilibrio de fuerza; pero por ello no cesan de gastar miles de millones en proporcionarse el medio para proclamarse dueños de la Tierra.

—Me tiene sin cuidado su lección de política, señor Murray.

—Muy bien, doctor. Si no le gusta, daré por terminada la lección. Pero usted va a trabajar para nosotros. Va a conseguir esa arma decisiva, esa substancia que convierte a un animal insignificante en un monstruo. Y lo va a hacer porque su hija estará en nuestro poder en un breve plazo… Y cuando la tengamos en nuestras manos, ya puede imaginar les peores tormentos sobre el cuerpo de su hermosa muchacha… Sí, doctor. Tendrá que trabajar, y el doctor Hauser lo fiscalizará para asegurarse de que su proyecto se lleva a cabo como debe ser… Vamos, Natalie. Ya terminé con nuestro famoso doctor.

Murray, Natalie y Max Hauser salieron del laboratorio.

Alain Cavallier se dejó caer en la silla, anonadado, confuso.

CAPÍTULO VIII

Raymond Duc se encontraba a solas en la habitación de su hotel, después de haber dejado instaladas en una *suite* de aquella misma planta a Isabelle y Sandra.

La campanilla del teléfono se puso a sonar.

—Raymond Duc al habla —dijo por el auricular, y esperó a oír la Voz Misteriosa de las Bahamas.

—Señor Duc, creí que no estaría ahí… —Era el «viejo», desde París.

—¿Y dónde quería que estuviese, jefe?

—En un hospital de enfermos mentales… Me acaban de telefonear desde Londres… Se trata de un alto jefe del Intelligence Service. El, a su vez había recibido noticias desde Nassau… ¿Qué es esa historia de una hormiga de dos mil kilos?

Raymond se pasó una mano por la cara.

—Esa hormiga no fue un sueño, jefe.

—Ya entiendo… Fue de merienda con una muchacha. Se la llevó al campo y allí…

—Ya sé lo que va a decir, jefe. La hormiga se metió en la tortilla de patatas…

—No sé si fue tortilla de patatas o emparedado de jamón, pero ocurrió así. ¡No lo niegue!

—Jefe, ¿usted se imagina un emparedado como Notre Dame o la Torre Eiffel? Pues se habría necesitado un bocadillo de ese tamaño para que la hormiguita se colase dentro.

—¡Duc, está delirando…!

—No, jefe, y le voy a decir algo más… Vacié el cargador de la pistola sobre la cabeza de la hormiga y fue como si le echase flores.

—¡Es lo más absurdo que he oído en mi vida!

—¿Recuerda lo que otras veces le he contado?

—Claro que lo recuerdo.

—¿Cuántas veces me ha dicho que lo que yo le contaba era absurdo?

—Muchas.

—Dígame ahora cuántas lo engañé.

—Todas las que pudo…

—Jefe, si le he mentido alguna vez, ha sido porque era necesario para salvar el honor de una dama… Pero esta vez no tengo por qué guardar ningún secreto.

—El Intelligence Service se queja de que usted se está interfiriendo en un asunto muy importante para ellos.

—Sí. Ya sé. Al parecer, están tratando de atrapar a los dirigentes de una red internacional de drogas. Ellos creyeron que también estoy interesado en el mismo asunto, y no insistí mucho para disuadirlos.

—Duc, ¿es cierto eso de la hormiga?

—Ajá…

—¡Informe, condenación! ¿Qué es lo que está esperando?

En aquel momento se abrió la puerta y entró en la estancia Sandra. Se cubría con un salto de cama de nylon. Era la viva imagen de la seducción femenina.

—¿Qué tal estoy, Raymond? —inquirió coqueta, dando una vuelta sobre la punta de los pies.

—Estás maravillosa, nena —respondió Duc, pero se olvidó de cubrir el micro con la mano.

—Duc —ladró el «viejo» desde París—, ¿qué diablos dice?

Sandra se llegó junto a Raymond y le echó los brazos al cuello.

—Perdón, jefe… ¡Eh, nena, cuidado…! Es peligroso acercarse a mí en esa forma…

—Duc, ¿con quién está hablando? —chilló el «viejo».

—Con usted.

—Y con alguien más.

—Con la camarera, jefe… Me trajo un *whisky*.

—Échese el hielo por la cabeza.

—Lo tomo seco, jefe.

Sandra lo besó en la oreja.

—Te quiero, cariño. Dime que me prefieres a Isabelle. Esa chica

es una cursi… Seguro que no sabe besar a un hombre…
—¡Duc…! —gritó el «viejo»—. Sigo a la escucha…
Pero la boca de Sandra había llegado ya a la altura de la de Raymond.
—Jefe, ¿le importa cortar?
—¿Qué pasa, Duc?
—Me encuentro en una situación comprometida.
—Ya entiendo, la camarera resultó una espía y le está apuntando con una pistola.
—Eso es…
—¡Salte sobre ella! ¡Desármela!
Duc no podía saltar sobre Sandra porque la tenía encima.
—Sí, jefe, en seguida salto… —Pasó el brazo por la cintura de Sandra y miró sus labios entreabiertos.
—Duc, ¿qué pasa? —preguntó el «viejo».
—Ya la tengo.
—¿Cómo está ella?
—Muy bien armada —contestó Duc, mirando más abajo—. Pero ya cayó en mis manos.
—Hágala cantar.
—Seguro, jefe. En seguida me ocupo de eso…
El «viejo» se puso a gritar desde el otro extremo, pero Raymond ya no lo escuchaba porque alargó el auricular hacia la horquilla.
—¡Oh, Raymond! —dijo la pelirroja—. ¡Cómo te necesito…!
Besó a Sandra.
Raymond la tomó por los brazos.
—Te dije que no abandonases la *suite*. ¿Dónde está Isabelle?
—Ella se quedó.
—¿Y te dejó marchar?
—No se lo dije. La *suite* tiene dos puertas… Le dije que me iba a dar un baño. La pobre es muy tonta.
En aquel momento se oyó una voz en la puerta.
—No estés tan segura de que lo soy.
Era la mujer de la que hablaban, Isabelle. Ella también se cubría con un salto de cama que le sentaba bien, aunque pertenecía a Sandra. Las dos mujeres tenían la misma talla, y sus medidas de busto, cintura y caderas eran muy parecidas.
—Cariño —dijo Sandra—, ¿cuándo me vas a dejar de espiar?

—¿Yo espiarte a ti? —exclamó Isabelle—. Eres muy poca cosa para eso. No sabía que estuvieses aquí. Vine a ver a Raymond para preguntarle algo.

—Ese truco ya está muy gastado, Isabelle…

—¡Oh, sí, perdona! Lo debes haber puesto en práctica con muchos hombres.

Sandra levantó la mano derecha como una zarpa y echó a andar hacia Isabelle.

—Te voy a hacer tragar esas palabras, muñeca.

Isabelle, en lugar de estarse quieta, fue al encuentro de Sandra.

—Ya estoy cansada de tus bravatas, rojiza.

Raymond había cruzado los brazos y contemplaba la escena. Pero ahora gritó:

—¡Quietas las dos!

No valieron de nada sus palabras.

Las dos mujeres cayeron una sobre otra. Por fortuna ambas fallaron la acometida. Pero se agarraron del cabello y tiraron.

Perdieron el equilibrio dando chillidos y cayeron sobre la alfombra.

Duc corrió hacia las jóvenes para separarlas, y bailoteó nervioso de un lado a otro, tratando de deshacer aquel lío de piernas y brazos.

—¡No te metas en esto, Ray! —gritó Sandra—. Es un negocio particular entre ella y yo.

—¡Sí, Ray, no te metas! —También gritó Isabelle—. Quiero darle una lección a esta pelirroja teñida.

—¿Yo pelirroja teñida? Te voy a dejar una marca para toda la vida…

Raymond pudo meter un pie entre los estómagos da las dos jóvenes.

Ahora fue él quien recibió los golpes y hasta un par de zarpazos.

Pero logró atrapar a Isabelle por un tobillo, y tiró de ella apartándola de Sandra.

Luego se puso entre los tíos contendientes.

Ellas se levantaron dispuestas a continuar la pelea.

Raymond puso los brazos en cruz.

—¡Quietas, las dos, o daré un escarmiento!

—¡Yo sé lo que le pasa a Isabelle! —dijo Sandra—. Está celosa

de mí…

Isabelle respiró entrecortadamente.

—No sabes lo que dices. Raymond sólo me interesa para que me ayude a salvar a mi padre… Ya hablaré con él mañana… Te dije que por mí te lo puedes quedar enterito…

La francesa dio media vuelta y salió de la estancia pegando un fuerte portazo.

—Raymond —dijo Sandra—, al fin solos…

—Querida, será mejor que te marches.

—¿Es que me quieres echar?

—Lo que quiero es que Isabelle no esté sola.

—Ya es mayorcita.

—Nena, debes ser obediente…

No me gusta el papel de niñera.

—Si no lo puedes hacer por ella, hazlo por mí.

Sandra entornó los ojos mientras se acercaba al agente.

—Por ti soy capaz de hacer cualquier cosa… Por ejemplo, casarme por tercera vez.

Raymond la besó en los labios y la llevó suavemente hacia la puerta.

—¡Raymond! —chilló de pronto la joven.

—¿Qué pasa?

—Esa chica atraerá a la hormiga gigante.

—Estamos en un quinto piso… Las hormigas, por muy grandes que sean, no pueden subir hasta aquí…

—Seguro que tengo una pesadilla.

—Por eso alquilé una *suite*. Estando juntas, os consolaréis una a otra. Cuando vuelvas allí, no quiero que reemprendáis la pelea. Promete que te estarás quieta.

—Prometido.

—Buena chica.

Sandra dio a Raymond el beso de despedida.

Caminó hacia la *suite*.

Encontró a Isabelle paseando de un lado a otro de la estancia.

—Creí que ya no te vería hasta mañana —dijo la francesa—, pero ya veo que a Raymond no le gustan las mujeres empalagosas.

Sandra replicó furiosa:

—Prometí a Raymond que me quedaría contigo. De modo que, si

no fuese por eso, ahora mismo te quitaba tu cabellera para que me sirviese de peluca postiza… Y óyeme bien, cariño; será mejor que te olvides de Raymond y pienses en otro hombre. Y no me vuelvas a repetir que él te tiene sin cuidado. Te vi cómo lo mirabas. Y una mujer nunca puede engañar a otra mujer…

—Eres odiosa.

—Lo soy porque te digo la verdad.

—Sólo me preocupa mi padre.

—Y a mí mi tía Eugenia, que sufre de reuma…

—No podrás cazar a Ray. ¿Lo oyes bien? No lo podrás cazar…

Sandra puso los brazos en jarras.

—¿Por qué no? ¿Lo vas a impedir tú?

—El es demasiado listo para que muerda el anzuelo que tú le echaste.

—Eso ya lo veremos…

En aquel momento, el teléfono se puso a sonar.

Isabelle estaba más cerca del auricular.

—¿Sí?

—¿Señorita Cavallier?

—¿Quién llama?

—Le habla un amigo de su padre. —¿De mi padre? ¿Dónde está él?

—En sitio seguro… Logró escapar de los hombres que lo habían atrapado… Quiere que usted vaya a su lado. Pero él me encargó con mucho interés que usted no dijese nada a nadie…

—¿Quién es usted?

—Pierre, pero usted no me conoce…

—¿Desde dónde llama?

—Desde el bar de la esquina… A la derecha del hotel… ¿Cuánto puede tardar en reunirse conmigo, señorita Cavallier?

—Quince minutos.

—Es mejor que no pasen de diez. La espero aquí. Pero, cuidado, señorita. Ni una palabra a otra persona. Su padre insistió mucho en eso. Si se lo va a contar a alguien, será mejor que se quede… Usted ya sabe que su padre se encuentra en una situación un poco grave.

—Pero usted dijo que él escapó.

—Claro, pero ellos le siguen los pasos… Tengo entendido que hay con usted un agente del Deuxiéme Bureau, el señor Duc. El

estará vigilado. Si el señor Duc hace algo, atraerá sobre su padre a los perseguidores.

—Está bien, Pierre. En unos minutos me reúno con usted.

La joven colgó.

—Tengo que marcharme, Sandra —dijo.

La pelirroja enarcó las cejas.

—¿Adónde?

—Es una cita importante.

—Raymond dijo que debíamos quedarnos las dos aquí.

—Yo me voy. Debes alegrarte. Ahora tendrás el campo libre para continuar tu pesca.

—Eres muy graciosa. Pero no creas que te vas a salir con la tuya. Tú te quedas aquí…

Fue lo que dijo Raymond, y no puedes desobedecerle.

Isabelle se acercó a Sandra.

—Está bien, rojiza. Tú lo has querido.

Le tiró el puño a la mandíbula.

Fue un golpe certero porque Sandra se tambaleó y cayó en la alfombra, quedando inerte.

Luego, Isabelle se dio mucha prisa en desprenderse del salto de cama, sustituyéndolo por el vestido con que había llegado allí.

Por último abandonó la *suite*.

Ya hacía dos minutos que se había marchado cuando Sandra volvió en sí. Se levantó soltando un quejido.

Salió de la *suite* y se encaminó a la habitación de Raymond.

Se puso a golpear la puerta.

—¡Raymond! ¡Se escapó Isabelle! ¡Abre! ¡Es urgente…!

Continuó llamando, pero la puerta siguió cerrada.

Apareció un empleado por el corredor.

—Perdone, señorita, pero llama inútilmente.

—Tengo que hablar con el señor Duc.

—El señor Duc no está en su habitación.

—¿Cómo?

Sí, señorita… Lo vi salir hace un rato.

CAPÍTULO IX

Isabelle entró en el bar desde donde le había hecho la llamada el hombre llamado Pierre.

Había muchos clientes. En el fondo, en un tablado sumergido en la semipenumbra, tocaba la orquesta.

En una pequeña pista circular bailaban las parejas que apenas podían dar unos pasos. Se contentaban con apretarse fuertemente y balancearse de un lado a otro.

Isabelle tosió porque el humo era muy espeso.

Ahora recordaba que no había preguntado a Pierre por sus señas personales.

La joven se encaminó hacia la barra.

De pronto, un hombre que se sentaba en una mesa alargó una mano y la atrapó por la muñeca.

—Suelte —dijo Isabelle—. Estoy comprometida.

—Claro que lo está. Conmigo.

Isabelle identificó la voz. Era Pierre. Observó su cara. Era delgada, de ojos azules.

—Vamos al lado de mi padre, Pierre.

—No tenga tanta prisa. Siéntese.

—¿Por qué?

—Tengo que cerciorarme de que nadie la sigue…

—Cumplí lo que usted dijo. No informé a nadie…

—Sí, espero que se haya portado bien. Sólo estaremos unos minutos.

Isabelle ocupó una silla al lado de Pierre.

—¿Qué va a tomar, querida?

—Un *whisky*.

Pierre hizo una señal a un camarero y le encargó el *whisky*.

Los ojos de Pierre estaban atentos a la gente que entraba por la puerta del local.

Aparecieron cuatro parejas que habían bebido con exceso a juzgar por sus gritos y risas.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó Isabelle.

—Perfectamente.

—¿Por qué no dice más?

—Usted lo va a ver muy pronto.

Isabelle se dio cuenta de que había procedido demasiado a la ligera. De repente, le había invadido una sensación de soledad. Y eso no le había ocurrido mientras estuvo al lado de Raymond Duc, ni siquiera cuando apareció la hormiga gigante en el *bungalow* de Sandra.

La joven bebió su *whisky*, y miró hacia la puerta, pensando que Raymond Duc podía aparecer por allí.

—Se me olvidó el bolso en el hotel —dijo—. Tengo que ir por él.

Se puso en pie, pero el hombre la atrapó otra vez por el brazo.

—No va a ir a ninguna parte.

—Sólo será cuestión de un minuto. El hotel está muy cerca.

—Ya nos vamos, señorita Cavallier, y usted no necesita el bolso.

Isabelle se sintió más insegura que antes. No, no había procedido bien. Aquel hombre no le inspiraba confianza alguna.

Pierre dejó unos billetes en la mesa y empujó a la joven hacia la salida.

Cuando llegaron a la calle, Isabelle dio un tirón, pero no le sirvió de nada.

—No se ponga nerviosa, señorita Cavallier… Venga, tengo un coche cerca.

—No quiero ir con usted.

—¿Qué dice, señorita? ¿Es que no le interesa ver a su padre?

—No creo que me haya dicho la verdad…

—Yo nunca miento. Le aseguro que se va a reunir con su padre.

—Pero usted es uno de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Que es uno de los secuestradores…

—No diga eso, señorita. Soy un amigo de su padre y de usted…

—Si eso es verdad, déjeme ir al hotel. Quiero hablar con mi padre por teléfono.

—Eso sería perder el tiempo. Y ya basta de diálogo. Hemos de ponernos en camino.

Empujó a la joven hacia un auto negro.

Isabelle fue a gritar, pero en ese momento Pierre sacó una pistola del bolsillo y enterró el cañón en el costado de la joven.

—Basta de tonterías, señorita Cavallier.

—Así que yo tenía razón.

La hizo entrar en el coche, en el asiento trasero, donde estaba otro hombre. Pierre se puso al volante.

El desconocido sonrió a la joven.

—Bien venida, señorita Cavallier. Es como me habían dicho. Muy atractiva. Permítame que me presente. Soy Frankie Murray. —En mi vida había oído hablar de usted.

—Créame que lo siento, pero no ha sido mía la culpa… Soy un admirador de las mujeres bonitas, y me gustaría conocer a todas las que existen en el mundo.

—¿Las colecciona usted, señor Murray?

Frankie soltó una carcajada.

—Lástima que no se puedan coleccionar como si fuesen mariposas o sellos… Resultaría demasiado caro. Pero quizá, dentro de muy poco, yo tenga la fortuna que se necesita para hacer esa colección. ¿Y sabe una cosa, señorita Cavallier? Me gustaría que fuese usted la segunda de mi catálogo.

—¿Hay una primera?

—Sí. Se llama Natalie, y es tan bonita como usted. Ella llegó primero. Bueno, en realidad hubo muchas antes que Natalie, pero sólo la conservo a ella.

—Es usted un cínico, señor Murray.

El auto se había puesto en marcha.

Frankie rió otra vez.

—Siempre me han gustado los placeres de la vida, señorita Cavallier —prosiguió Murray—, y entre ellos no creo que exista ninguno comparable al que nos puede proporcionar una mujer hermosa. Soy un rendido esclavo de ustedes… Si de mí dependiese, yo viviría en un mundo de amazonas… ¿Se lo imagina, señorita Cavallier?

Yo, el único hombre en un planeta con tres mil millones de mujeres.

—Está loco.

—¿Usted cree?

—Completamente chiflado.

Frankie se había puesto muy serio.

—Soy un hombre normal.

—No le diría eso un psiquiatra. Pero no me interesa su salud mental, señor Murray.

Es mi padre quien me preocupa.

—Descuide, está muy bien; aunque últimamente se sintió invadido por la pereza.

—¿Qué quiere decir?

—Que no quiere trabajar.

—Mi padre nunca ha sido perezoso.

—Ya ve lo que es la debilidad humana.

—Si papá no quiere trabajar, debe existir una poderosa razón para ello y empiezo a adivinar de qué se trata.

—¿Sí?

—Ustedes lo secuestraron, y quieren obligarlo a terminar sus experimentos.

—Muy bien, señorita Cavallier. Puede continuar, y así será más ameno el viaje.

—Ustedes quieren arrebatarle su secreto, el descubrimiento fabuloso que hizo mi padre con respecto a la primera materia de la vida. Lo secuestraron para eso, para que trabajara para ustedes, una pandilla de desalmados. Pero él se dio cuenta de lo que se proponían y decidió suspender sus experimentos. Entonces, ustedes tuvieron una brillante idea; coaccionarlo amenazándolo con hacerle daño a su hija.

Frankie Murray se puso a aplaudir.

—Es usted un miserable, señor Murray —dijo la joven—. Pero yo me he comportado como una chiquilla sin sentido común… Han logrado lo que se proponían. Me han secuestrado. Yo soy la culpable de todo, y quisiera morirme.

—No, querida niña. Usted no puede morirse porque tengo grandes planes para usted.

—Olvídese de mí, señor Murray.

—Ya no podré olvidarla nunca.

—Recuerde que tiene a Natalie.

Murray sacudió la cabeza.

—Ya la conocerá… Es una mujer que posee cuanto puede cautivar a un hombre. Es como una de esas estatuas griegas que se exhiben en los museos; todo hermosura, pero al fin y al cabo, de piedra fría y sin vida.

—Es lo que usted se merece, señor Murray. Una simple estatua.

—No diga eso, señorita Cavallier. Yo soy un hombre todo amor…

Tomó la mano de Isabelle entre las suyas, pero ella dio un tirón.

—Déjeme en paz.

—Si no es buena conmigo, podrían pasarle cosas a su padre.

—Además de cínico, es un canalla.

—Cambiará de opinión cuando me conozca mejor.

—Eso no podrá ocurrir nunca.

—Tendrá que ser más comprensiva conmigo.

¿O qué, señor Murray?

—Usted lo sabe bien.

—Ya entiendo. Tiene a mi padre y ahora me tiene a mí. A él lo coacciona diciéndole que me pueden pasar cosas, y a mí, cambiando los términos. Pero no caeré en la trampa. Usted no me puede hacer nada, no me puede obligar a que sea la estatua con vida que usted echa de menos… Usted necesita a mi padre. Sí, señor Murray; usted lo necesita para que le entregue la primera sustancia que consiguió en su laboratorio. Ya tengo una prueba de que ustedes están en el buen camino; aquella hormiga gigante que apareció en el *bungalow* de Sandra. Me dijo bien a las claras que mi padre era obligado por alguien a continuar sus trabajos.

—Isabelle, todo podría ser muy fácil para usted y para su padre.

—Sí, ya sé que sería muy fácil. También lo sería para ustedes… Mi padre ha de trabajar, y yo debo formar parte de su colección.

—No lo exprese de esa forma.

—Oh, perdón, es usted un hombre muy culto.

—Lo soy, Isabelle. Estudié en una Universidad.

—¿Qué es lo que estudió? Oh, no debí preguntarle porque lo sé. Estudió un curso de cómo aplastar el mundo. Y otra de sus asignaturas fue: «Tenga treinta mujeres y no se case con ninguna».

Murray se echó a reír.

—Tiene usted ingenio, Isabelle, y eso es más de lo que yo podría

desear.

—Le dije antes que me olvidase, y ahora se lo repetiré de otra forma. Bórreme de su lista, señor Murray.

El auto entró por un portón que estaba abierto, y corrió por un camino flanqueado por árboles.

Al final estaba la casa.

Saltaron del auto y subieron al porche.

Un hombre les abrió la puerta. Estaba en mangas de camisa y lucía pistolera. Era delgado, de pómulos salientes. Sus ojos fríos examinaron atentamente a Isabelle.

—¿Dónde está Natalie, Roger? —preguntó Murray.

—En la biblioteca —contestó el llamado Roger, sin apartar la mirada de la hija del doctor.

Murray tomó a la joven del brazo y así entraron los dos en la biblioteca.

Natalie Keller estaba sentada en un sillón, cruzar das las piernas, un cigarrillo en los labios y un vaso de *whisky* en la diestra.

—Creí que os había pasado algo, Frankie —dijo.

—Todo fue bien… Da chica cayó en la trampa sin necesidad de empujarla.

—Conque ésta es la hija del doctor Cavallier. La bella Isabelle… —Chascó la lengua—. Sí, debo admitir que es muy bonita.

Isabelle levantó la barbilla.

—Quiero ver a mi padre, y no a figuras de cera.

Natalie se quitó el cigarrillo de los labios y soltó una risita.

—Pequeña, lo primero que tienes que hacer es preguntar por la salud de las personas mayores.

Perdone —contestó Isabelle—. Le preguntaré en seguida. ¿Cómo está de la artritis, abuelita?

Natalie saltó del sillón como impulsada por muelles.

—¿Qué dices, desvergonzada? Sólo tengo treinta y tres años.

—Eso lo dirá a todos los hombres.

—Y a ti también, estúpida. ¿Crees que tienes mucho talento? Careces de él desde el momento que te dejaste engañar.

—Sí, tiene razón —admitió Isabelle—. Pero dejemos eso. Sólo quiero ver a mi padre.

—Lo verás ahora —contestó Murray—. Sígueme.

Fueron al laboratorio y Natalia los acompañó.

Al ver a su hija, Cavallier echó a correr hacia ella.

Los dos se abrazaron al lado de una mesa llena de probetas.

—Papá, ¿cómo estás?

—Muy bien, hija.

—Soy una tonta. Ellos me trajeron aquí engañada.

—No te preocupes… Nos libraremos de ellos.

Natalie rió desde la puerta.

—¿No te emociona la escena, Frankie? Es conmovedor. Un padre y una hija abrazados y diciéndose cosas tan bonitas.

Isabelle se volvió hacia ella, furiosa.

—Es usted un escorpión.

—Sí, nena, lo soy. Y pincho cuando menos se espera.

Murray levantó una mano.

—Cállense todos. Soy yo el director de la orquesta… Doctor Cavallier, he tenido mucha paciencia con usted… Le advertí que debía trabajar para mí, y ahora lo tendrá que hacer, quiera o no… Ande, atrévase a seguir su huelga de brazos caídos y le juro que su hija sufrirá las consecuencias.

Isabelle miró a su padre.

—Papá, no debes dejarte atemorizar por estos hombres… No me importa morir. Tú tienes unos principios y siempre los has respetado. Ahora no los puedes cambiar por nada ni por nadie.

Murray intervino:

—He hablado en serio, doctor Cavallier, y le aseguro que será testigo presencial de los tormentos a que sometamos a su hija.

—¡No le hagas caso, papá! —exclamó Isabelle.

—Lo siento, hija —dijo el doctor con voz ronca.

—¿Quieres decir que vas a obedecerles?

—No tengo más remedio. Te van a hacer daño. Ya lo has oído.

—¡No me importa!

—No puedo permitir que te atormenten. Lo siento, pero no puedo.

Murray sonrió triunfante.

—Ya terminó la entrevista, señorita Cavallier.

Isabelle, con los puños apretados, se lanzó contra Murray, pero éste la burló con habilidad y la tomó por las muñecas.

—¡No la golpee! —gritó el doctor Cavallier.

—No pienso maltratarla si usted cumple su cometido.

—Lo cumpliré.
—¡Papá, no hagas eso! ¡No lo hagas!
Murray arrastró a la joven hacia la puerta.

CAPÍTULO X

Isabelle se encontraba en un dormitorio.

Sabía que detrás de la puerta había un centinela, aquel tipo en mangas de camisa, con la pistolera al hombro; Roger.

No podía dormir.

A veces, sentía deseos de echarse sobre la cama y llorar… Ella, con su torpe conducta, era la causante de que ahora su padre tuviese que trabajar para aquella pandilla de desalmados.

De pronto, se abrió la puerta, y Frankie Murray entró en la estancia.

—¿Se encuentra bien, Isabelle?

—No hacía falta que se molestase en venir para preguntarme si estaba bien.

—Quiero ser un buen anfitrión.

—Sólo lo sería dejándonos marchar a mi padre y a mi.

—Usted sabe que eso es imposible… Sin embargo, usted podría hacer que las cosas fuesen más fáciles.

—Ya entiendo. Debo dejar que usted me haga el amor.

—Sí, Isabelle.

—Le daré mi respuesta. ¡Váyase al infierno!

—Debería ser más complaciente. Puedo tomar por la fuerza lo que usted me niega, Isabelle.

—No se atreverá… Dé un paso más y lo araño…

—Hay un modo de hacerlo sin necesidad de que usted me arañe… Yo no tengo los conocimientos de su padre, pero estoy al corriente de ciertas drogas que anulan la voluntad. ¿Lo oye, Isabelle? Puedo ordenar que la inyecten. Entonces, cuando yo regrese, me echará los brazos al cuello… Estará tan enamorada de mí que no se acordará de otro hombre.

—No dejaré que me inyecten la droga.

—No hace falta que se deje. Bastará que yo dé una orden para que su voluntad quede anulada, para que vea en mí al hombre de su vida.

—No conseguirá de mí eso.

Murray dio una palmada.

Se abrió la puerta y entró un hombre con un batín blanco. Los rasgos de su cara eran orientales.

—Le presento a

Cao-Nam

—sonrió Murray—. Es un vietnamita. El también se interesa por los experimentos de su padre.

Cao-Nam

portaba un maletín que dejó sobre una mesa. Lo abrió y sacó una jeringuilla con una aguja.

—¿Qué va a hacer este hombre? —preguntó Isabelle.

—Inyectarla —contestó Murray.

—¡No!

—Usted ha dado lugar a ello.

—Confórmese con Natalie.

—Natalie me tiene sin cuidado ahora. Yo me cansé de su frialdad…

—¡Está loco! Mi padre no trabajará para usted. Recuerde lo que le dijo. No me puede hacer daño.

—Su padre no se enterará de lo que pase aquí.

La joven echó a correr hacia la puerta.

Logró abrir, pero en el hueco se encontraba Roger, quien la detuvo.

Murray rió desde el interior de la habitación.

—No puede escapar de mí, Isabelle.

Roger empujó a la joven al interior de la estancia.

—¡No pueden hacer eso conmigo! ¡No pueden! —gritó la muchacha.

—Sujétala bien, Roger —ordenó Murray—. Que no se escape.

Roger tenía mucha fuerza y la empleó para llevar a Isabelle a la cama.

Isabelle dio un chillido al ver que el vietnamita se acercaba con la droga que querían inocularle.

Murray atrapó las piernas de la joven para impedir que patalease.

Isabelle cayó sobre la cama.

—Nena —dijo Murray—, te pueden inocular en el brazo, pero si no te estás quieta,

Cao-Nam

lo hará en el muslo.

—Usted es un maldito bastardo.

—Las mujeres sois unas desagradecidas. Al amor correspondéis con el odio.

—Es usted un gusano…

—En el muslo, Cao —dijo Murray.

La falda de Isabelle había quedado levantada, ce modo que el vietnamita pudo clavar fácilmente la aguja en el muslo derecho de la joven.

Allí vació el contenido de la jeringa.

—Listo —dijo el vietnamita, retirándose.

Murray y Roger dejaron libre a la joven, la cual quedó tendida en el lecho, respirando jadeante.

—Nunca he conocido a hombres más miserables que usted — exclamó.

Murray esbozó una sonrisa.

—Te lo advertí, nena… Esto lo podíamos haber arreglado sin necesidad de llegar a tales extremos, pero tú lo quisiste. Ahora me marcharé de aquí, pero volveré dentro de quince minutos. Y entonces, ocurrirá lo que te dije. Seré el hombre de tu vida.

—¡No ocurrirá eso! —gritó Isabelle.

Murray hizo una señal y sus dos esbirros y él salieron de la estancia.

Al encontrarse sola, Isabelle sollozó largamente. Conocía por su padre la existencia de aquellas drogas, una de las cuales le había sido inoculada en el muslo. De un momento a otro, la droga circularía por sus venas mezclada con la sangre y más tarde pasaría al corazón y sería bombeada al cerebro. Entonces ocurriría lo que había dicho Frankie. Sería una mujer sin voluntad.

No sabía de qué droga se trataba concretamente.

Pero estaba claro que, de acuerdo con los propósitos de Murray, debía influir mucho en la hembra.

Tenía que combatir contra la droga. ¿De qué forma lo haría mejor? Murray era despreciable. ¡Oh, no, eso no serviría! ¿Quién era el hombre de su vida? Ninguno. No se había enamorado de nadie. Bueno, las cosas habían cambiado. No eran igual que antes desde que conoció a Raymond Duc. Aquél sí que era un hombre. No existía ningún peligro con respecto a Raymond porque no estaba allí. Dijo en voz alta: «Raymond, te quiero; Raymond, te adoro; eres el hombre de mi vida»…

Sintió un gran calor.

¡La droga había empezado a surtir efecto!

Ya había llegado a su cerebro.

Y al cabo de unos minutos se abriría la puerta y aparecería Murray. «Te odio, Murray; te desprecio, Murray. Sólo te quiero a ti, Raymond Duc. No puedo vivir sin ti, Raymond». En aquel instante oyó un ruido a su espalda.

Se irguió en el lecho.

Un hombre acababa de entrar por la ventana.

Era el mismísimo agente del Deuxiéme Bureau, Raymond Duc.

CAPÍTULO XI

—Silencio, pequeña —dijo.

Isabelle caminó hacia él, mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Oh, Raymond! ¿Cómo no viniste antes?

—Te seguí desde el hotel… Pero me costó un poco de trabajo entrar.

—Querido, qué listo eres.

Raymond sonrió.

—No quise intervenir hasta el momento oportuno. ¿Lo comprendes? Necesitaba que ellos llevasen el secuestro hasta el fin.

—Eres maravilloso.

—Imaginé que te traerían al lado de tu padre.

—¡Qué adorable, Raymond…!

—Ahora hemos de tener cuidado porque estamos metidos en el avispero.

—No me importa un millón de avispas —contestó ella mientras seguía caminando hacia él.

—Tienes que informarme de lo que pasa aquí.

—Te informo en seguida, Ray.

Isabelle le echó los brazos al cuello y lo besó apasionadamente en los labios.

—¡Oh, Raymond…! ¿Cómo no me di cuenta antes de que te quiero? Te he amado siempre…

—Eso es un poco difícil. Nos conocimos hace poco.

—Te estaba esperando desde hace un millón de años.

—Tendrías que estar hecha una momia, y yo diría que tu piel está bastante lisa.

—Dime qué te parece mi piel.

—Es tibia como la piña y suave como la piel de una pantera.

—¡Eso voy a ser para ti! —exclamó Isabelle con pasión—. ¡Cómo una pantera!

—Cuidado, cariño. Ahora no es el momento para jugar a los animales felinos.

—Te voy a devorar, Raymond.

—Ahora no, ricura… Déjame que engorde un poco y tendrás mañana un buen almuerzo. —No puedo esperar.

—Debes hacer un esfuerzo. Admito que soy arrebatador con las mujeres. Pero, infiernos, podías ser un poco más oportuna.

—Raymond, no seas cruel…

—Si no lo soy, nena.

—Entonces, bésame, abrázame, ámame…

—Isabelle, no tengo tiempo para tantas cosas.

—Estoy loca por ti.

—Ya lo veo.

—No lo tomes a broma, Raymond… Te quise desde el primer momento que te vi, y si no hubiese sido por esa pelirroja teñida, me habría declarado.

Duc se pasó el dedo por el cuello de la camisa. ¡Demonios, las mujeres eran unos seres la mar de extraños! Reprimían sus emociones, pero cuando decían ¡allá voy!, eran incontenibles como el agua embalsada que rompe la presa.

—Un poco de paciencia, nena.

—No puedo tenerla, Raymond… ¡No puedo!

—Pero, cariño, te debes reportar un poco. Recuerda que estás aquí secuestrada por una pandilla de hombres sin conciencia.

—Todo me importa un rábano… Sólo me importas tú, Raymond… Que se vayan al infierno los hombres sin conciencia… ¡Ámame!

Lo besó en la boca con furia incontenible.

Raymond forcejeó con ella. Estaba tratando de apartar los brazos femeninos de su cuello.

—Pero ¿qué te pasa, Isabelle? Tú no eres así…

—Soy aire y fuego.

—Yo diría más bien que eres un volcán que entró en erupción.

Raymond tenía la mirada fija en la puerta.

Vio que el tirador se movía.

Quiso desprenderse de Isabelle, pero no pudo porque estaba

adherida a él como un molusco a una roca.

Entonces hizo algo desesperado.

Tomó a la joven en brazos y echó a correr hada la puerta.

—Oh, Raymond, te fugas conmigo —rió Isabelle—. Dime que es un rapto.

Pero Duc no tenía tiempo para contestar. Tenía que llegar cuanto antes a la puerta, antes de que ésta se abriese.

Entonces ocurrió la catástrofe.

Isabelle quiso apretar más el cuello de Raymond y él perdió el equilibrio.

Los dos cayeron al suelo justo en el momento en que se abría la puerta.

—¡Roger! —gritó Murray, que era quien entraba.

El guardaespaldas apareció en un santiamén al lado de Murray y ya tenía la pistola en la mano.

Raymond, a pesar de su desventajosa posición, pudo reventar la cabeza de Roger de un balado, pero cuando iba a poner el dedo en el gatillo, se interpuso Isabelle.

—Querido, ¿te has hecho daño?

Roger gritó:

—¡Suelte el revólver o parto el espinazo a la muchacha!

Duc soltó una maldición para sus adentros y dejó caer el revólver. Se dijo que no volvería a mirar a una mujer en el resto de su vida. Pero tuvo la impresión de que su vida sólo duraría unos minutos y que sería fácil mantener su promesa.

Murray emitió una risita.

—Señor Duc, su presencia me produce una gran sorpresa.

—Hola, bastardo —lo saludó Raymond, levantándose.

Isabelle estaba perpleja. Miró a Murray y luego al agente del Deuxiéme Bureau.

—Raymond, ¿por qué te has dejado atrapar? —inquirió con ilógica femenina.

—Ya lo ves, pequeña. En nuestra profesión siempre se pagan caros los descuidos.

—Yo he sido la culpable.

—No me puedo quejar. Oí decir que el amor apasionado de una mujer produce las mismas llamas que el infierno… Termina por abrasar y consumir a tino también.

Murray cruzó los brazos, divertido.

—Creo que comprendo… La droga hizo su efecto. Isabelle… Yo soy tu hombre.

—¿Qué dice, sapo? —repuso Isabelle.

—Soy el hombre que tú quieres…

—Al único que yo quiero es a Raymond…

—Estúpida, no ordené que te inyectasen la droga para eso…

Duc chascó la lengua.

—Oiga, amigo, sería mejor que dejásemos ese tema. Hay otro más importante.

—¿Cuál, señor Duc?

—Echen a correr antes de que sea demasiado tarde para ustedes.

—¿Por qué hemos de correr?

—Porque la policía de Nassau está a punto de llegar a la casa.

—¿Quién avisó a la policía de Nassau?

—Yo.

—Que triste noticia, señor Duc.

—No me gustaría ver correr la sangre. Cuando eso ocurre, me desmayo.

—Basta de chistes, señor Duc. Usted no se desmaya ante la sangre porque la ha visto correr por litros… Sé perfectamente quién es y cuáles son sus antecedentes. No hay en todo el mundo un agente como usted.

—Gracias —contestó Raymond, haciendo una reverencia.

—Pero ha llegado al final de su carrera. Y no vuelva a repetir lo de que la policía está a punto de llegar. Es una idea muy mala que debería dejar para los agentes novatos.

Isabelle intervino:

—¿Qué piensa hacer con él, señor Murray?

—Matarlo para que lo ames mejor.

—No consentiré eso.

—Tú vas a consentir muchas cosas, nena.

—Se lo diré a mi padre.

—No hace falta que lo molestes para tan poca cosa.

—¿Llama poca cosa a asesinar a un hombre inocente?

—Si Raymond Duc es inocente, yo soy el presidente Lincoln… Ha matado a más gente de la que tú y yo podamos contar durante una noche. Pero ahora él será el muerto…

Anda ya, Roger, duro con él…

Roger levantó la pistola para disparar.

—¡Alto! —gritó Isabelle.

Roger titubeó unos segundos.

Raymond saltó sobre Murray.

—¡Apártese, jefe! —gritó Roger.

Pero ya Duc había agarrado a Murray por el cuello y lo arrastraba hacia el suelo.

El agente del Deuxiéme Bureau sabía dónde había dejado su pistola y su mano izquierda corrió hacia ella.

Roger se dio cuenta de lo que Raymond perseguía y no quiso esperar más.

Hizo fuego.

Murray dio un chillido porque la bala le había golpeado en el estómago.

Duc ya tenía el arma en la mano.

Roger siguió disparando, pero sus proyectiles no hacían más que morder una y otra vez el cuerpo de su jefe. Le llegó el tumo a Duc.

Hizo ahora lo que no había hecho antes. La cabeza de Roger reventó como un tomate pasado.

Raymond se puso en pie de un salto y acudió junto a Isabelle, que estaba muy pálida, apoyada en la pared.

—¡Raymond, estás vivo…!

Se echó en sus brazos y él la apretó contra sí.

—¿Dónde está tu padre?

—Abajo, en un sótano que utilizan como laboratorio.

—Vamos…

Se disponían a salir de la habitación cuando oyeron una voz.

—Esperen un momento…

Volvieron la cabeza, pero en la habitación no había nadie.

—Hablan por un altavoz —dijo Raymond.

—Bravo, señor Duc —le respondieron.

—¿Cómo está, Voz Misteriosa de las Bahamas? Como ve, llegué hasta su refugio y ya murió el jefe Murray.

—No sea tonto, señor Duc… Murray no era el jefe. Lo soy yo.

—¿Y quién es usted?

—No lo sabrá, señor Duc, a pesar de que va a morir.

—Oiga. Voz. Se olvida de algo importante. Tengo una pistola en

cada mano…

—De nada le va a servir.

—Yo creo que sí. Tengo buena puntería… Lástima que no pueda ver al hombre que tumbé del primer disparo… Ahora iré al sótano, y si quiere ponerme tipos por delante, ya puede dar aviso… Jugaré con ellos al tiro al blanco.

El desconocido rió por el altavoz.

—Es usted el mejor payaso que he oído en mi vida. Supera al Charlot de los mejores tiempos… Usted no puede nada contra mí y ya tuve mucha paciencia con usted, señor Duc… Le avisé varias veces, pero no me quiso hacer caso. Ahora se ha ganado lo que tanto tiempo ha andado buscando. Ande, vaya al sótano… Le invito… No pierda tiempo. Le estoy esperando… Antes me preguntó quién era yo… Muy bien, se lo voy a decir…

Soy el Gran Mago.

—¿El Gran Mago? ¿Qué quiere decir eso?

—El hombre más poderoso de la tierra.

—Oiga, amigo, no estamos en Carnaval.

—Puede reírse lo que quiera, señor Duc, pero estoy descubriendo mi identidad.

—Sólo me está descubriendo una cosa, Gran Mago; que está como un rebaño de cabras…, Dígame dónde lo puedo encontrar y le llevaré la camisa de fuerza… Le prometo ponérsela con mucho cuidado. Luego lo instalaré en una hermosa habitación con una ventana provista de rejas. Allí le darán el tratamiento adecuado.

El hombre que hablaba por el altavoz respiró entrecortadamente.

—Muy pronto seré el dueño del mundo… Lo seré gracias al descubrimiento del doctor Cavallier.

—El doctor Cavallier no volverá a trabajar para usted…

—Intente arrebatármelo. Ande, señor Duc, pruebe… Le estoy esperando en el sótano… Ya no me oirá más.

El altavoz enmudeció.

—Tengo miedo, Raymond —dijo Isabelle.

—No te preocupes. Nos abriremos paso hasta el sótano.

—Pero ese hombre que habló parece estar muy seguro de que nunca llegaremos hasta mi padre.

—Será fácil comprobarlo.

Salieron de la habitación.

Raymond dijo:

—Quédate a mi espalda.

Echaron a andar hacia la escalera.

Raymond miró desde lo alto al vestíbulo, pero no había nadie.

—El camino parece despejado.

Bajaron silenciosamente.

—Es por aquí, a la derecha —dijo Isabelle.

Se internaron por el corredor que conducía al sótano.

Llegaron ante la puerta, pero estaba cerrada.

—Apártate, Isabelle.

Cuando la joven hubo obedecido, Raymond apretó dos veces el gatillo. La cerradura saltó.

Duc pegó un patadón a la puerta, la cual se abrió con un chirrido.

—Quédate, Isabelle.

—Quiero ir contigo.

Ray movió la cabeza en sentido afirmativo.

Empezaron a bajar la escalera de piedra que conducía al laboratorio.

Tampoco encontraron a nadie a su paso.

—¡Doctor Cavallier…! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Siguieron bajando peldaños hasta llegar al fondo.

Vieron mesas cubiertas con matraces, probetas, pero ningún ser humano se encontraba allí.

—Eh, Gran Mago… ¿Me oye? —habló Raymond.

Tampoco le respondieron.

De pronto se oyó un gemido.

—Espera aquí, Isabelle —Raymond fue al fondo de la estancia y vio a un hombre tendido en el suelo. Se cubría con una bata blanca. Estaba herido, había sido alcanzado por una bala en el pecho.

Raymond se agachó sobre él.

—¿Quién es usted?

—El doctor Hauser…

—¿Quién le ha disparado?

—Ella, esa mujer, Natalie. Es una ambiciosa… Quiere quedarse sola con el Gran Mago.

Es su plan… Traicioné al doctor Cavallier… Merezco esto…

—¿Dónde está el doctor Cavallier?

—Se lo llevaron.

—¿Dónde?

—No lo sé…

—¿Quién es el Gran Mago?

—Lo ignoro. Nunca lo vi.

—Al menos tendrá una pista del lugar a que se dirigen.

—Al laboratorio que estuvieron preparando durante meses… Invirtieron mucho dinero.

Se llevaron el destilador atómico…

De pronto, el aire fue cortado por un chillido femenino.

Raymond volvió la cabeza.

Isabelle corría hacia él.

—¿Qué pasa, Isabelle?

—Arriba… El monstruo… Otra hormiga gigante…

Se oyó un ruido. Parte del muro se resquebrajó y se vino abajo, levantando una gran polvareda.

Raymond vio aparecer la hormiga con sus enormes tenazas.

Entonces comprendió la amenaza del Gran Mago.

—Doctor Hauser… ¿Dónde hay otra salida?

—No hay ninguna… Sólo ésa… La escalera —contestó el doctor —. Tome esto —entregó un papel a Raymond, y luego murió.

Duc dejó al doctor Hauser en el suelo y se levantó. Desistió de leer el papel del doctor en aquellas circunstancias. Isabelle se apretó contra él.

—Estamos perdidos, Raymond…

Duc alzó los ojos en el momento en que la hormiga gigante mordía con sus pinzas la otra parte del muro que se desplomó con estrépito.

Raymond echó a andar hacia el monstruo.

—¡No, Raymond, no vayas! —gritó Isabelle, presa de pánico.

Pero Duc siguió adelante.

Se detuvo y apuntó al monstruo con las dos pistolas las cuales se puso a disparar simultáneamente.

Como había ocurrido la vez anterior, las balas rebotaron contra el caparazón de la gigantesca hormiga, sin producirle ningún daño.

CAPÍTULO XII

Raymond Duc retrocedió tras su infructuoso ataque contra el monstruo.

—¡Ahora ya no hay salvación para nosotros! —gritó Isabelle.

—Tiene que haberla.

La hormiga ocupó la escalera.

El enorme insecto dejó asomar su cabeza provista de las potentes pinzas.

—¡Ya nos ha visto, Raymond! —gritó Isabelle.

Raymond abrazó el cuerpo tembloroso de la joven.

—Nena, ¿estás al corriente de estos cachivaches? —dijo señalando las mesas del laboratorio.

—Conozco algo.

—Debe haber algún ácido.

—¡Raymond, es cierto!

Pero ahora la muchacha dio un chillido porque la hormiga se estaba metiendo por el hueco.

—De prisa, Isabelle —exclamó Raymond—. Deja de mirar a la hormiga.

Isabelle se movió muy aprisa entre las botellas, matraces, tubos de ensayo…

—¡Dios mío, no puedo encontrar lo que necesitamos!

Tomó uno de los frascos.

—Éste es bueno.

Raymond se lo arrebató.

Echó a correr hacia la hormiga y cuando estuvo cerca, lanzó la botella.

El frasco chocó contra el caparazón y se rompió.

Pero el líquido resbaló sobre la cabeza sin producir ningún

efecto.

—Ya lo dije, Raymond —chilló Isabelle—. ¡No hay nada eme podamos hacer! El ácido tampoco ataca a la hormiga.

—Quizá no lo hice como debía. Búscame otro, a ser posible más fuerte.

Isabelle reemprendió su trabajo.

Finalmente, entregó otro frasco a Raymond.

La hormiga se había acercado más a ellos.

Ahora, sólo tendría que abrir sus tenazas para apresarlos.

Arrojó Raymond el frasco contra la escalera, casi a ras del suelo.

La botella se hizo añicos impregnando algunas patas de la hormiga.

De pronto, se produjo una efervescencia y empezó a salir humo.

La hormiga soltó un rugido y echó sus tenazas hacia delante.

Raymond soltó un empellón a Isabelle lanzándola por el suelo.

El agente del Deuxiéme Bureau sintió que las pinzas le rozaban. Fueron a cerrarse sobre una mesa.

La hormiga levantó la mesa como si fuese de juguete y la partió en dos.

Se produjo una llamarada bajo el cuerpo de la hormiga.

El animal soltó un nuevo rugido y dio una vuelta sobre sí mismo, produciendo un derrumbamiento de cascotes al golpear sus enormes patas contra el muro.

—No te levantes, Isabelle. La hormiga está ya agonizando, pero no sabemos hacia qué lado se morirá.

El ácido había corroído las partes blandas de la hormiga, aquellas que no estaban revestidas con el caparazón.

El insecto rodó hacia la izquierda, dejando libre la escalera.

—Ahora es el momento —exclamó Raymond.

Tomó a la joven del brazo y los dos echaron a correr.

Poco después salían de la casa.

En el jardín, Isabelle se echó en brazos de Raymond y sollozó.

—Ellos continúan teniendo a mi padre…

—Lo salvaremos.

—¿De qué forma?

—Ten confianza en mí…

Pero Raymond decía eso por darle ánimos, ya que no tenía la menor idea de cómo atrapar a aquel tipo que se llamaba a sí mismo

Gran Mago.

Vieron a un hombre que corría hacia ellos.

Era Henry Cott, el policía al servicio del mayor Finley.

—Señor Duc… Por fin lo encuentro.

—¿Me siguió, Cott?

—Sí, pero le perdí de vista de aquí… Tuve que ir de un lado a otro… ¿Qué pasó?

—Secuestraron a la señorita Cavallier…

—¿Quiénes?

—El Gran Mago.

—¿Quién es el Gran Mago?

—No lo sé todavía.

—Oiga, señor Duc, ¿cuántos muertos dejó ahí dentro?

—Tres y una hormiga.

Cott agrandó los ojos.

—¿Ha dicho una hormiga?

—Sí.

El gordo agente tragó saliva y levantó una mano, separando dos dedos.

—¿Una hormiguita, señor Duc?

—No, Henry. Es del tamaño que usted sospecha.

—Demonios, quédese aquí. Ésta es la oportunidad para convencer a mi jefe. Descubrí en la garita de entrada un teléfono. Voy a llamar al mayor.

Henry echó a correr hacia la entrada del jardín.

—Raymond —dijo Isabelle alzando los ojos—, ¿no crees que ahora el Gran Mago puede matar a mi padre? Al parecer, papá sólo trabajaría porque lo coaccionaban con hacerme daño… Pero ahora que escapé de ellos, suspenderá de nuevo sus experimentos. Y entonces, podría ser el final para él.

Raymond negó con la cabeza.

—No, Isabelle. Sinceramente, no creo que puedan hacerle daño. Sigue siendo un hombre importante para ellos. Y apuesto a que ahora lo es más, después que ha muerto ese doctor Hauser.

—Ojalá no te equivoques.

—¿Conoces la letra del doctor Hauser?

—Sí.

—Trata de descifrar esto… —Raymond sacó el papel del bolsillo.

Isabelle tomó el papel y leyó lentamente el mensaje:

El Gran Mago tiene en su poder una botella que contiene la primera materia descubierta por el doctor Cavallier y mi Gerum-3. Si hace beber este compuesto a una hormiga, ésta puede llegar a pesar los diez mil kilos, y contra este monstruo nada podrá el fuego ni cualquier ácido. Sólo podría acabarse con ella utilizando una bomba atómica, ya que su coraza sería resistente a todas las demás armas conocidas.

Isabelle hizo una pausa.

—Está firmada por el doctor Hauser.

Hubo un silencio entre los dos.

—Raymond, ¿te das cuenta lo que significa el contenido de esa botella?

—Sí, me hago cargo.

—Puede ser el fin de la Humanidad.

—Convenceré al mayor Finley para que me preste su ayuda.

En aquel momento se oyó una sirena policíaca.

Un coche hizo chirriar los neumáticos antes de entrar en el jardín.

El gordo Henry Cott, que estaba en la garita, echó a correr tras el vehículo.

Cuando el auto s detuvo, saltó de él el mayor Finley seguido de un enjambre de policías.

—¿Qué ha pasado aquí, señor Duc? —rugió el mayor Finley.

—¿No le informó Henry Cott?

—Sí. Me habló de la hormiga.

—Todavía puede verla. Está en lo que antes era el sótano.

Henry Cott se detuvo jadeante.

—A sus órdenes, jefe.

El mayor Finley le dirigió una amenazadora mirada.

—Henry, si esto es una tomadura de pelo, te juro que te enviaré a dirigir el tráfico en Nassau.

—Yo le repetí lo que Duc me dijo.

—Conque sí, ¿eh? Tú me repetiste lo que el más farsante de los agentes de contraespionaje del mundo te soltó.

—Estoy seguro de que dijo la verdad.

—Yo mismo lo comprobaré. Vamos adentro. Usted, Duc, espere aquí… ¡Agente Temple, vigile a este hombre y que no se le

escape…! ¡Me responde de él con su piel!

Un tipo larguirucho asintió con la cabeza y levantó la pistola que manejaba.

—Descuide, jefe. Aquí encontrará al señor Duc cuando vuelva.

El mayor Finley, Henry Cott y otros dos policías entraron en la casa.

Transcurrieron unos minutos y al fin el mayor Finley apareció.

Tenía el rostro rojo de ira.

—¡Esta vez se lo voy a hacer pagar, Duc!

Henry Cott salió detrás de él. Estaba asustado y levantaba los brazos como si estuviese dirigiendo el tráfico.

—¿Qué le pasa, mayor? —repuso Duc—. ¿Es que no vio a la hormiga?

—Sólo vi un montón de cenizas que cabrían en un pañuelo.

Raymond asintió.

—Eran los restos de la hormiga… Fue consumida por el ácido. Otra vez llegó demasiado tarde, mayor Finley.

—Pero llegué a tiempo de ver tres cadáveres, y los tres han sido muertos por una pistola.

—Yo sólo maté a uno de ellos.

—Eso es lo que usted dice…

—Mayor Finley, la Humanidad se encuentra en peligro… Isabelle, ¿quieres leer al mayor Finley el mensaje del doctor Hauser?

La joven leyó otra vez en voz alta lo que se podía considerar como el testamento del doctor Hauser.

Cuando la joven hubo terminado, el mayor Finley soltó una risita.

—Me gustaría encontrarme con esa hormiguita a la hora de dormir. La aplastaría con mi pie.

—Me temo que sería ella quien lo aplastase a usted con suma facilidad, y al insecto le bastaría con moverse un poco en su dormitorio.

—¡Señor Duc, ya ha acabado de enredar! ¡Queda detenido!

—¿Qué dice?

—Ya lo ha oído. Irá a parar a una celda. Y no le valdrá nada ser agente del Deuxiéme Bureau francés… Ya me cansé de usted… Tendrán que ponerlo en libertad por vía diplomática.

—Creo que va a cometer un grave error, mayor.

—Es cuenta mía.

Isabelle protestó:

—No sabe lo que hace, mayor Finley.

—Cállese, señorita.

—No puedo callarme porque Raymond Duc tiene razón, y es usted quien se equivoca.

Mi padre es prisionero del Gran Mago.

—Conque también hay un Gran Mago, ¿eh?

—Sí, señor Finley. También hay un Gran Mago, y sólo Raymond Duc puede acabar con él.

—¡Oh, claro! Aquí tenemos a Superman. El mundo entero le deberá la supervivencia si yo lo dejo en libertad.

—Puede tomarlo a broma, mayor Finley. Pero es la pura verdad. Sólo Raymond Duc puede librar a la Tierra de la gran amenaza.

—Señorita Cavallier, sé lo que le ocurre a usted. Está enamorada de este hombre.

—¿Qué importa que yo esté enamorada de él?

—Mucho. Porque da la casualidad de que en todos los casos que interviene Raymond Duc, hay mujeres que están dispuestas a echarle una mano… ¡Pero esta vez se acabó! En Nassau no le va a bastar con una sola mujer… ¡Ni con dos!

Raymond se rascó detrás de una oreja.

—Oiga, mayor; me temo que se va a cubrir de ridículo… ¿Es que no le dice nada haber visto ese sótano con los muros derrumbados? ¿Por qué no compara eso con lo que vio en el *bungalow* de la señorita Harrison? ¿No cree usted que los dos hechos han de tener necesariamente una relación entre sí?

Henry Cott intervino.

—Jefe, yo puedo jurar sobre la Biblia que lo del *bungalow* de la señorita Harrison fue obra de una hormiga.

—Henry —intervino el mayor—, usted no puede opinar… No es un agente de seguridad si no un policía que ha de dirigir el tráfico.

—Sí, señor.

—Vamos, señor Duc. Una hermosa celda le espera, aunque le prometo que tendrá todas las comodidades que reservamos a los presos ilustres.

Isabelle fue a protestar de nuevo, pero Raymond la interrumpió:

—No, Isabelle. No hace falta que intercedas por mí. El mayor tomó una decisión y no habrá nada ni nadie que lo haga cambiar de idea.

CAPÍTULO XII

Raymond se encontraba tendido en el camastro de la celda cuando la puerta fue abierta.

—Eh, señor Duc.

—¿Qué pasa, Barry?

Raymond se había hecho amigo del carcelero, llamado Barry.

—El jefe de policía, el señor Mortimer, lo espera en su despacho.

El mayor Finley apareció en la puerta, junto a Barry.

Duc se puso en pie y se estiró los pantalones.

El mayor Finley le apuntó con un dedo.

—Su jefe ha llamado al señor Mortimer desde París.

—¿Y qué dijo mi jefe?

—No lo sé. El señor Mortimer me ha mandado que lo lleve a su presencia.

—Está bien. Vamos, y saldremos de dudas.

El mayor Finley acompañó a Raymond al despacho de William Mortimer, jefe de la policía de Nassau.

El señor Mortimer era un hombre de cincuenta años de cabello castaño con grandes entradas, nariz aguileña, y ojos de mirada inteligente.

—Señor Duc, el mayor Finley me ha informado de las circunstancias de su detención. El mayor me aconsejó que lo internase en un sanatorio psiquiátrico, ya que al parecer, usted es víctima de alucinaciones… Pero decidí esperar un poco. Su jefe de París ha establecido contacto conmigo y me ha rogado que lo pusiese en libertad, con la promesa de que él mismo se ocupará de que lo traten psiquiatras franceses en cuanto llegue a su patria…

—Mi jefe es muy amable.

—Estando así las cosas, no veo inconveniente en que usted

abandone Nassau.

—Gracias, señor Mortimer…

—Pero lo hará inmediatamente, y bajo custodia.

—¿Qué quiere decir?

—Que dos policías lo acompañarán hasta su hotel para que haga el equipaje, y luego lo llevarán al aeropuerto. Usted tomará el avión para París que sale dentro de una hora… ¿Alguna objeción, señor Duc?

—Me temo que no.

—Le deseo un buen viaje de regreso.

—Gracias, señor Mortimer.

—Puede retirarse. Lo están esperando los dos agentes que lo acompañarán hasta dejarlo en el avión.

El mayor Finley salió con Raymond del despacho de Mortimer.

—Bien, señor Duc… Ahora que nos hemos de separar, debo decirle que usted me ha decepcionado. —¿De veras, mayor?

—Me habían hablado tanto de usted y de sus proezas que al enterarme de su estancia aquí, esperé que hiciese una de ellas. Pero su conducta me ha probado una cosa… Que sólo es un policía que tuvo suerte.

Raymond pegó un taconazo e inclinó la cabeza.

—Espero que continúe siendo tan perspicaz hasta que le llegue la jubilación mayor.

—Muy reconocido.

—Pero, al mismo tiempo, confío que la jubilación le llegue cuanto antes.

Dejó al mayor Finley con la boca abierta y salió de la comisaría.

Dos policías lo siguieron.

En la calle, uno de los agentes invitó a Raymond a subir a un *jeep*.

Un poco más allá, en la primera plaza por la que cruzaron, Raymond vio bajo una sombrilla a un antiguo conocido suyo.

Era el agente Henry Cott que, vestido de blanco, dirigía el tráfico.

—¡Eh, señor Duc! —gritó dando paso libre al *jeep*—. Dígame si lo de la hormiga, fue sueño o realidad…

—La vio bien, Henry, pero si le aparece otra vez por la calle, ha de darle vía libre. —Si la veo aparecer por la calle echaré a correr…

Y apuesto a que no me alcanza nadie a pesar de mi grasa.

Raymond sonrió mientras el *jeep* se alejaba del lugar, donde Henry Cott prestaba su nuevo servicio.

Los dos agentes entraron con Duc en la habitación del hotel, y bajo la vigilante mirada de ellos, el francés hizo su maleta.

—Perdonen, muchachos, pero he de ir al cuarto de baño.

Uno de los agentes entró en el cuarto de baño para echar una mirada, y luego dijo a Raymond que podía entrar.

El agente del Deuxiéme Bureau cerró con pestillo, y rápidamente se dirigió hacia la ventana. Era muy estrecha.

Arrimó una silla a la pared y poco después se asomaba por el hueco.

Más abajo descubrió un pequeño alero.

Se iba a jugar la vida, pero no tenía más remedio que hacerlo porque, de lo contrario, tendría que conformarse con subir al avión.

Estuvo a punto de caer a la calle, pero puso en juego sus músculos, y por fin llegó sano y salvo a una terraza.

Entró en un dormitorio donde había una mujer con muy poca ropa.

—Disculpe —dijo Raymond.

La mujer dio un chillido, pero en seguida dijo:

—¿Se va ya?

Raymond volvió la cabeza y contestó:

—Nena, estoy muy ocupado ahora, pero ya que me aprendí el camino, quizá lo vuelva a hacer otra vez.

Raymond se dio mucha prisa en abandonar el hotel.

Se metió en un bar. Consultó la guía telefónica y volvió a salir a la calle.

Tomó un taxi y dio al conductor una dirección de las afueras, pero antes pasó otra vez por el lugar donde estaba prestando sus servicios el agente Henry Cott.

—¡Eh! —chilló Henry al conductor—. ¿Por qué se para?

—Soy yo, Henry —contestó Raymond, asomando la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué hace usted, señor Duc? Iba con dos policías. Me dijeron que lo iban a llevar al aeropuerto.

—Henry, usted vio a la hormiga, y no le gasté ninguna broma cuando agregué que podrá ver a otra en la calle.

—Sí, señor.

—Pero usted y yo podremos evitar que eso ocurra.

—Ya entiendo. Quiere que usted y yo nos lleguemos a un droguero y que le compremos un insecticida.

—No, Henry, que eso no serviría aunque fuésemos desparramando el insecticida por todos los hormigueros de Nassau. Se me ha ocurrido una idea más efectiva.

—¿Cuál, señor Duc?

—La de prender al Gran Mago, al hombre que se ha apoderado del secreto de convertir las hormigas en animales de pesadilla.

—Demonios, señor Duc. Eso sería bueno.

—Arriba, Henry.

—Pero ¿qué va a pasar con el tráfico?

—Es más importante lo que va a hacer que dirigir el tráfico.

—Pero el mayor Finley me rebajará del cargo.

—Si ganamos, le ascenderá. ¿O prefiere seguir dirigiendo el tráfico?

—¡Oh, no, de ninguna forma! —Exclamó Henry, y ya sin titubear, se metió en el taxi. El conductor del vehículo llevó a los dos hombres a la dirección que Raymond le había dado.

Era una casa rodeada por un jardín, con una gran piscina a la izquierda, y cochera.

—Eh, señor Duc —exclamó Henry—, se ha equivocado de sitio. ¿Sabe dónde estamos?

—Dímelo tú.

—En la casa del jefe. Y no me refiero al mayor Finley, sino al jefe de policía señor Mortimer.

El taxista detuvo el auto frente a la puerta de la casa.

—Espere aquí —le dijo Raymond.

Henry bajó tembloroso.

—Señor Duc, será mejor que nos vayamos. Esta vez no será necesario que el mayor Finley me atrape por su cuenta. Será el señor Mortimer quien me sancione por haber abandonado el tráfico…

Raymond hizo caso omiso de las advertencias de Henry. Lo obligó a subir al porche y tocó el timbre.

Les abrió un criado de cara enjuta.

—¿Qué desean?

—Hablar con el señor Mortimer.

—¿Está citado?

—Sí. Desde luego. El señor Mortimer me dijo que viniese a estas horas. Dígale que soy el señor Raymond Duc, de París.

—Pase.

Entraron en un amplio vestíbulo y el criado se marchó hacia una habitación de la derecha y que debía de ser la biblioteca.

—Señor Duc —dijo Henry mientras esperaban—, empiezo a creer que el mayor tenía razón, que está usted mal de la cabeza.

—Lo sabremos en seguida.

El criado regresó en aquel momento.

—Pueden pasar.

Entraron en la biblioteca.

El señor Mortimer estaba sentado tras de una mesa. Miró a Raymond Duc y al agente con las cejas enarcadas.

—Señor Duc —dijo—, creí que ya estaría usted en el aeropuerto.

—No podía marcharme sin conocer al Gran Mago.

—No sé de qué me habla.

—Me estoy refiriendo a usted, señor Mortimer, y será mejor que deje de protestar, porque me consta que es usted la persona que busco.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Cometió un error al fin, Gran Mago… Me recibió en su despacho. De esa forma, pude oír su voz. Admito que es un poco distinta a la que he oído otras veces, pero hay ciertas palabras que me hicieron recordar los mensajes que recibí durante los últimos días. Hice un curso de voces microfónicas en París, señor Mortimer. Mi jefe se empeñó en que eso era algo importante y que un agente debía conocer. Al fin, me sirvió para algo: para desenmascararlo a usted.

Mortimer tenía la mano derecha bajo la mesa.

Raymond tiró de la pistola que Henry Cott tenía en la funda y giró como una centella.

Dos hombres entraron en la estancia pistola en mano.

Raymond disparó sin pestañear y los dos tipos soltaron gritos de dolor y se derrumbaron.

Luego, Raymond apuntó a la cabeza de Mortimer.

—¿Quiere que sigamos jugando, Gran Mago?

Mortimer apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—Duc, usted es un hombre inteligente.

—Gracias.

—Va a trabajar para mí.

—Henry —dijo Raymond—, atrape ese teléfono y llame al mayor Finley.

Mortimer cerró los puños sobre la mesa.

—No haga caso, señor Duc.

Henry ya había descolgado el teléfono. Estaba marcando.

Cuando estableció comunicación, dijo:

—Mayor Finley, le habla Henry Cott… ¿Desde la plaza Trafalgar? No, señor… No le llamo desde allí…, Estoy en la casa del señor Mortimer… Raymond Duc y yo le hemos atrapado con las manos en el pastel… ¿Qué si estoy chiflado, mayor Finley? No, mayor.

Le aseguro que le digo la verdad.

En aquel momento aparecieron otros dos hombres por la puerta.

Raymond les dio la misma bienvenida, y los derribó de sendos balazos.

Henry dijo:

—Eh, mayor, ¿ha oído eso? Es el señor Duc que está poniendo esto perdido de cadáveres… Si no se da mucha prisa en venir, no va a quedar uno para contarlo…

* * *

El doctor Cavallier echó al fuego una libreta mientras decía:

—Nadie conocerá mi fórmula, caballeros… El hombre deba hacer el bien a sus semejantes, pero nunca puede crear el mal. Sin darme cuenta, yo di oportunidad a crear unos monstruos… Pero ya terminó todo.

—Eh, mayor Finley —dijo Henry Cott—. Se quedó sin ver a la hormiga gigante.

En el fondo de la estancia, Isabelle echó los brazos al cuello de Raymond Duc.

—Querido, eres maravilloso.

—Cuidado, nena. Estás bajo los efectos de la droga que te inyectó Murray.

—No, Raymond. Estoy segura de que ya me pasó el efecto de la droga… Invítame a cenar.

Raymond frunció el entrecejo. Ya había invitado a cenar a Sandra… Bueno, ¿por qué, excepcionalmente, no cenaba dos veces en una misma noche?

—Sí, querida. Cenaremos juntos.

Isabelle ofreció su roja boca al agente del Deuxiéme Bureau, y él la besó.

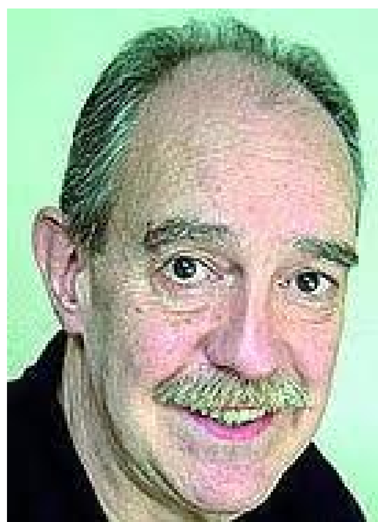
El mayor Finley estaba diciendo:

—Bueno, Henry. Creo que hay una plaza de inspector… Es suya, pero con una condición.

—¿Cuál, jefe?

—¡No me vuelva a hablar de hormigas en el resto de su vida!

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).